

“Juicios varios sobre la obra
Don Quijote en América o sea la cuarta salida
del ingenioso Hidalgo de La Mancha”



(Recortes de periódicos)

FELICITACIÓN

Nuestro muy querido amigo y compatriota, el ilustrado doctor Tulio Febres Cordero acaba de poner brillantísimo sello a su grande y muy merecida reputación literaria con la publicación de su nueva e importantísima obra “Don Quijote en América”: su lectura nos ha deleitado y nos llena de noble orgullo patrio.

No pretendemos ni debemos decir que ha logrado imitar exactamente al inimitable Cervantes, porque podría reputarse de hipérbole atribuible a simpatías y paisanaje.

Pero sí nos atrevemos a recomendar instantemente la lectura de tan interesante obra, satisfechos de que todos encontrarán en ellas bellezas literarias, estilo culto y castizo, mucha amenidad, enseñanzas muy útiles, críticas muy justas y oportunas y gran fondo de moralidad; y, por sobre todo esto, indiscutiblemente gran honra para Mérida

Por esto consideramos que todos los merideños debemos comprar tan interesante y útil obra, por deber de patriotismo, por propia satisfacción y como un merecido estímulo al erudito y afortunado autor, pues sin este apoyo material no es posible que ese árbol frondoso de nuestra literatura siga publicando sus muchos y bien sazonados frutos.

Deseamos también que se generalice la lectura de tan ingenioso libro, para que sus positivas enseñanzas y sus oportunas críticas produzcan el saludable efectos de corregir tantos defectos y vicios de que adolece la sociedad moderna, como frutos perniciosos de una civilización espúrea.

Felicitamos muy cordialmente al autor de “Don Quijote en América” y le deseamos el más brillante éxito así en lo intelectual como en lo material.

Mérida 4 de julio de 1905

A.I. Picón

Federico Salas Roo

Caracciolo Parra Picón

A.C. Sanz

Mérida Tip. León XIII

DON QUIJOTE EN AMÉRICA
O SEA LA CUARTA SALIDA DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA

Es el título de la nueva obra que el Dr. Tulio Febres Cordero, acaba de publicar e imprimir nítidamente en los Talleres de la Tipografía de El Lápiz, y de la cual ha tenido la fineza de obsequiarnos con un ejemplar; ello bien confirma la opinión de que su autor es uno de nuestros literatos que más sobresalen sobre el común de escritores venezolanos. Sus brillantes páginas, hacen honor a la literatura regional; por la riqueza de sus ideas, la belleza de la forma, las imágenes originales y sobre todo por la seducción de su estilo.

Al dar nuestra sincera felicitación al amigo D. Tulio por su ingeniosa obra, le quedamos agradecido por tan famoso obsequio.

Dr. J.P. Franco Lizardo

La Botica

HONROSO TELEGRAMA

Por motivo de la alta honra que el Sr. General Cipriano Castro hace en un telegrama a nuestro amigo el Sr. Doctor Tulio Febres Cordero, al hablarle del recibo de su obrita “Don Quijote en América” hemos exigido al Dr. Febres Cordero el telegrama del General Castro y su contestación, para hacerlos conocer del público y que se vea que el Gral. Castro está pendiente no sólo de todo aquello que pueda constituir un adelanto para la sociedad en las manifestaciones del progreso material, sino que premia los esfuerzos de la inteligencia y aplaude los triunfos de los pensadores que se dedican a levantar con algo bueno y nuevo el espíritu de las letras patrias.

Léanse los telegramas en referencia:

Telégrafo Nacional. De Maracay el 23 de Julio de 1905. Las 7hs. 4 a.m.

Recibido en Mérida a las hs. 30 ms. a.m.

Señor Tulio Febres Cordero

Recibí el Quijote en América, a sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha, que Ud. tuvo la bondad de dedicarme, por lo cual le doy las gracias. Sírvase enviarme por correo, a por otra oportunidad segura cien [100] ejemplares de dicha obra, avisándome a la vez su valor y dónde y a quién quiere Ud. que se haga el pago.

Apenas he empezado a leer su producción, y sin riesgo de equivocarme, aun cuando no soy perito en la materia, la creo digna de la envidia de los que se llaman literatos.

Su amigo,

Cipriano Castro

Mérida, 23 de Julio de 1905

Benemérito General Cipriano Castro

Caracas

He recibido su honrosísimo telegrama, brillante testimonio de la protección que brinda usted a las letras patrias.

El juicio favorable de usted sobre *Don Quijote en América*, humilde obra que escribí al calor de un sentimiento muy puro de amor a Hispano-América, viene a ser un gran triunfo para el autor, no menos que una prueba más del alto y trascendente espíritu de acendrado americanismo de que ha dado usted tan valiente y ruidoso ejemplo ante el mundo entero.

Oportunamente quedarán satisfechos sus generosos deseos de obtener cien ejemplares de dicha obra.

Su respetuoso y agradecido amigo,

Tulio Febres Cordero

Colaborador Andino

Mérida, Año 6, N° 159. 28 de julio de 1905

Nota: Estos telegramas fueron traducidos al francés y publicados en la *Revue Américaine*

FLATTEAUSE DÉPÊCHE

Sous ce titre, nous lisons dans le *Colaborador Andino*:

Au sujet du témoignage flatteur fait par le télégramme de M. le général Cipriano Castro à notre ami, M. Le docteur Tulio Febres Cordero, pour lui accuser réception de la brochure: *Don Quichotte en Amérique*, nous avons demandé au docteur Febres Cordero la dépêche du général Castro et sa réponse pour les faire connaître au public et pour montrer que le général Castro est rempli de sollicitude non seulement pour tout ce qui Peut constituer un avantage pour la société dans les manifestations du progrès matériel, mais qu'il discerne les efforts de l'intelligence et encourage les succès des penseurs qui s'adonnent au développement de notre culture littéraire vers le sens de la vérité et du progrès.

Voici les dépêches en question:

M. Tulio Febres Cordero,

J'ai reçu le *Don Quichotte en Amérique*, ou le Quatrième voyage de l'original Chevalier de la Manche, que vous avez eu l'obligeance de me dédier; ce dont je vous remercie. Veuillez m'envoyer, par la poste ou par une autre voie certaine, cent (100) exemplaires de cet ouvrage, en m'avisant en même temps de leur valeur, où et à qui vous désirez que se fasse le paiement.

J'ai commencé à peine de lire votre livre et sans crainte de me tromper, bien que je ne sois pas expert en la matière, je l'estime digne d'exciter l'envie de ceux qui s'intitulent gens de lettres.

Bien votre,

Cipriano Castro

“A l’insigne général Cipriano Castro

Caracas

“ J’ai reçu votre très flatteur télégramme, précieux témoignage de la protection que vous accordez à la littérature nationale.

Votre jugement favorable sur le *Don Quichotte en Amérique*, modeste livre que j’écrivis sous l’enthousiasme d’un sentiment d’attachement envers l’Amérique espagnole, constitue un grand succès pour l’auteur, non moins qu’une preuve nouvelle de l’esprit élevé et décide d’américanisme épuré don vous avez donné tant de valeureux et brillants exemples devant l’univers entier.

Votre gracieux decir de posséder cent exemplaires de cette œuvre promptement satisfait.

Votre bien respectueux et reconnaissant,

Tulio Febres Cordero

La Revue Américaine

A. Pietri-Daudet





SUETOS EDITORIALES

BIBLIOGRAFÍA

Ha traído al público amante de la literatura amena un volumen, interesante por muchas razones, el señor Tulio Febres Cordero, escritor merideño, ventajosamente conocido por su carácter discreto, estilo llano y hermoso, ideas moralizadoras, fantasía de fecundo poeta y aquel sabio don del gobierno en la frase culta, sabrosa a castellano viejo y a los tomillos de Alcarria o mejor dicho, del manchego campo, que huelen tanto en nuestras escogidas producciones. Titúlase este libro: *Don Quijote en América* a sea “*la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*.”

No cuarta salida sino reaparición, a resurrección parécenos la de este Caballero de la Triste Figura, pues tomándole en el sepulcro don Tulio Febres Cordero, le inspira nueva existencia, le saca a nueva vida, le trae a nuestros prosaicos tiempos, le hace cambiar de nombre, de locura, de propósito, de estilo, de carácter y le pone en Tierra firme tan mudado y otro del que Cervantes nos dio a conocer desde aquel sitio donde toda incomodidad tiene su asiento, que ni el barbero, ni Sansón Carrasco, ni la sobrina la dueña, a vivir ahora, le hubieran reconocido.

¿Para qué el americano autor quiso resucitar en su libro al famoso hidalgo?

No necesitaba acudir a figura tan saliente en la literatura española para ofrecernos un *Doctor Quix*, que tuviese sus puntas de buen juicio, discreteos de alucinado, lunares de locura y otros defectos capaces de establecer antítesis marcada con las corrientes ideas y los usos del día. Por otra parte, entretenida es la novela gracias al argumento, a los tipos modernos que expone y al fácil desempeño del narrador. ¿Por qué no quiso, sin pedirle adornos a Cervantes, escribimos el autor merideño su obra nacional, en buen estilo, como suyo, y con los personajes que ha imaginado su rica fantasía? No podemos comprenderlo.

Aplaudimos del libro discreto, el sano propósito y felicitamos al autor que en tantos aciertos ha dominando las dificultades que se le ofre-

cían. Agradecemos la dedicatoria en el ejemplar con que ha querido honrarnos el autor y esperamos en otra empresa aplaudirle como merece tan deservido prosista.

Juan de Dios Méndez, hijo

La Semana

Caracas, año 5, mes 4, 15 de agosto de 1905. pp. 511-512

BIBLIOGRAFÍA: TULLIO FEBRES CORDERO

DON QUIJOTE EN AMÉRICA O SEA LA CUARTA SALIDA
DEL INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA

Con motivo del centenario de la publicación de *El Quijote*, todo lo relativo al héroe y al autor de la obra maestra de la literatura castellana adquirió un intenso viso de actualidad. Los diarios y las revistas se anegaron en artículos y crónicas alusivas a la famosa novela y todo escritor se creyó en el deber de dedicar una flor de su pensamiento al bueno y heroico Alonso Quijano. Parece que todos, cual movidos por solo y fuerte impulso espiritual, hubieran convertidos los ojos hacia la figura escuálida y épica del manchego, como los descendientes, en hora sin ventura, convierten el corazón hacia la memoria del abuelo, lleno de gloria.

Éste de Febres Cordero no es Don Quijote el de Argamasilla de la Mancha. No anda por el mundo buscando entuertos que enderezar, ni agravios que deshacer.

Más puntos de semejanza tiene con el taraconés Tartarín que con el noble señor de la Triste Figura. Olvidado de su lanza y de su fiel rocín, monta en bicicleta, viste de turista y alimenta ideales a lo *yankee*. Nada conserva de su antiguo ser y hasta su propio nombre lo trueca y deforma.

Antes en ventas y por caminos, alzándose y con gentil talante la visera, publicaba su nombre y sus hazañas el andante valeroso. Y ahora no quiere que nadie sospeche su verdadero nombre. Bebe whisky y no se acuerda para nada de Dulcinea. Se dice caballero del Progreso, pronuncia impertinentes discursos y se mete definitivamente a inventor y hombre de ciencia.

La que traza Febres Cordero es una caricatura, con sus consiguientes extremos cómicos. El doctor Quix, asilado en unos de nuestros puebluchos del interior, oscuro y triste, animado de su manía progresista y civilizadora, comete unas cuantas necedades y aun arrastra a cometerlos a algunos paisanos, de seguro no muy cuerdos. Sancho aparece también aquí transformado: ha perdido el don de verter donaires y se conduce como infiel palurdo, sin más adornos que la gula y el miedo.

El autor intentó escribir una sátira, sin duda, ¿contra qué y contra quiénes? De todo el libro no se desprende otra cosa que la condenación de los que pretende mejorar a todo trance las condiciones de nuestra vida: bien están las cosas como están. Despojemos al doctor Quix de sus ridículas exageraciones y resultará muy apreciable frente al cacique bestial que así como lancea al tigre inverosímil del inverosímil Jardín Zoológico de Mapiche, sería capaz también de romper a pedradas los faroles públicos.

Lo que sí tiene mérito y belleza en el libro de Febres Cordero es la descripción de tipos y costumbres del terruño, en lo que ayuda a triunfar la soltura de su estilo impregnado de naturalidad. Hay episodios urdidos con gracia y algunos caracteres delineados hábilmente, y es de lamentarse que por avisar la nota crítica y burlona, el autor eche a perder algunos pasajes que hubieran podido ser por completo hermosos.

Jesús Semprum

El Cojo Ilustrado. Año XIV, N° 327

1905 ago. 1. pp. 497-498

BARTOLOMÉ NUCETE - MIGUEL UZCÁTEGUI B.

Le enviamos las más cumplidas gracias a nuestro querido e ilustrado amigo señor doctor Tulio Febres Cordero, por el envío de su obra “Don Quijote en América.” Nosotros no somos persona competente para juzgar del mérito de la obra de Tulio: sólo podemos decir, que leyéndola, hemos leído a más no poder, y hemos meditado. En seguida de una página en la cual se relata con ingenio una aventura del *Caballero del progreso*, viene otra, en que el lector tiene que inclinar la cerviz, en señal de anonadamiento, por la severidad de la enseñanza que contiene. Los hombres ilustrados, estamos bien seguros de ello, abrumarán a Tulio con ruidosos aplausos, y nosotros gozaremos con la ovación que se le tribute al Cervantes venezolano.

Mérida, 1905

LISANDRO ACOSTA CANALES

Doctor Tulio Febres Cordero

Con una nueva obra nos ha sorprendido este ilustrado y ameno escritor andino; se titula ella: *Don Quijote en América a sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de la Mancha*. Aun no hemos tenido tiempo de gustar su contenido, pero el asunto de que trata y la pluma, varias veces laureada, de su autor, nos garantiza ser el nuevo libro del Dr. Febres Cordero, tan interesante como instructivo. Por el galante recuerdo con que nos favorece el literato amigo, le damos las más cumplidas gracias.

Rubio, Táchira, 1905

NUMA P. NAVARRO

Don Quijote en América. En elegante edición salida de las prensas de El Lápiz de Mérida, hemos leído la obra del doctor Tulio Febres Cordero, que lleva el título de *Don Quijote en América*. Es un libro que viene a llenar un vacío en las sociedades hispano-americanas: en estilo donairoso y con látigo de seda combate la extranjerización de nuestras costumbres, y se adivina al través de su crítica justiciera, al observador culto y sagaz, hecho a los problemas de lo que pudiéramos llamar psicología etnológica.

Don Quijote se presenta en él, no el gallardo Caballero Andante de antaño, dispuesto a enderezar entuertos y deshacer agravios: (se ha puesto una x en el apellido –llámase el Doctor Quix– lo mismo que Sancho, quien ha afrancesado el suyo, se llama el Señor d'Argamasille.) Viene ahora imbuido el Hidalgo del espíritu privativo del siglo, condecorado paladín de la famosa orden del Progreso, renovándolo y reformándolo todo, desechando lo viejo por ser viejo, e introduciendo lo nuevo por ser nuevo. Vicio es éste de nuestras modernas sociedades, tocadas de ese exagerado extranjerismo, que al fin va a romper hasta con el venero histórico de nuestras glorias.

Felicitemos calurosamente al autor que ha enriquecido las letras venezolanas con un libro precioso, de recreo enseñador para los entendidos y de saludables lecciones para los indoctos.

Entendemos que habiéndose agotado la primera edición, el autor piensa en hacer una segunda, que saldrá de los acreditados talleres de El Cojo Ilustrado de Caracas, noticia que gustosos comunicamos a nuestros lectores, pues aquí ha sido muy solicitada su lectura.

Mérida, 1905

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

“Don Quijote en América”. Aventura tenemos, Sancho amigo. De la tipografía de El Lápiz, de Mérida, se nos presenta el libro que lleva por nombre el título de este aviso de recibo, y parécenos que relata la obra ésta la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha pero como la súplica primera de la advertencia que al lector hace el autor, es la de que no juzgue el libro sólo por su título, sino que antes lo lea desde el principio hasta el fin; a ello vamos ahora con la buena voluntad a que nos dispone el nombre del autor.

Croquis y Esbozos

Cúcuta, 1905

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

“Don Quijote en América”.

Así se titula la última producción literaria de nuestro amigo y colega señor doctor Tulio Febres Cordero, quien ha tenido la galantería de obsequiarnos con un ejemplar de su folleto en el cual estampa para nosotros afectuosa dedicatoria autógrafa.

De 306 páginas esmeradamente impresas en la tipografía de “El Lápiz”, consta esta nueva obra, la que nos ha proporcionado ratos de solaz con su interesante lectura, que viene a poner una vez más de manifiesto los talentos de su autor y la originalidad con que escribe.

Profanos nosotros en achaques de literatura, no es nuestro ánimo juzgar este libro que está muy por encima de nuestras humildes aptitudes intelectuales, ni mucho menos emitir un juicio que por las razones apuntadas tendría que ser aventurado; pero si se nos pidiese una reservada opinión de los méritos de “Don Quijote en América”, desde luego le sería ésta favorable.

Porque sí podemos asegurar que hemos leído con sumo agrado aquellas páginas en las cuales se dan la mano el chiste, la sana crítica, el ingenioso epigrama y la sátira de buen gusto.

Por lo demás, escrito sin pretensiones que prevengan en su contra, “este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse. No lo hallarás armado de pies a cabeza y caballero en Rocinante, buscando aventuras por los caminos y haciendo jurar a los vencidos por la sin par hermosura de su Dulcinea. Nada de eso: ahora va por otros caminos y con otros pensamientos.”

En resumen, también el autor lo deja dicho: “allí hallarás lo sobrenatural y fantástico en un caso raro de hipnotismo que en otros tiempos habría sido calificado de encantamiento; y lo real y tangible, en cuadros de costumbres descritos al natural, pero realismo honesto, muy diferente de ese otro realismo, que por desdicha campea en los cuentos y novelas de la época, que más sirve para despertar a enardecer las pasiones, que para reprimirlas a moderarlas.”

Agradecemos al estimable colega su valioso obsequio y crea que lo conservaremos en el número de nuestros libros más queridos.

E. Porras

El Noticiero

Caracas



DON QUIJOTE EN AMÉRICA

“Don Quijote en América”

El distinguido literato venezolano doctor Tulio Febres Cordero, ha ratificado la extensa y merecida fama de que goza dentro y fuera del país, como ingenioso y atildado escritor, enriqueciendo la bibliografía nacional con un nuevo libro suyo que lleva por título el mismo de este suelto.

Ha tenido el inteligente autor la galantería de dedicarnos un ejemplar de su obra; y por ella le damos muy rendidas gracias, felicitándole al mismo tiempo por la muy favorable acogida que ha encontrado en el público su nueva producción.

Ecós del Zulia

Zulia, 1905

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

Don Quijote en América.

Hemos recibido esta importante obra con que su autor, el gran literato de Venezuela doctor Tulio Febres Cordero, nos ha obsequiado. No somos los llamados a juzgar los méritos de la obra novísima del insigne merideño; pero es la verdad, y debe decirse, que ella ocupará uno de los primeros puestos en nuestra literatura, además de que servirá de freno a tantos de nuestros *quijotismos americanos*.

Creemos, y tal vez no estemos mal fundados, que “Don Quijote en América,” como pieza literaria, vendrá a encauzar, o a marcarle rumbo a la actual literatura, literatura que necesita ser restaurada de su marcado decadentismo, que es un verdadero desastre.

Damos las gracias por el envío, y felicitamos muy de veras al autor, y asistimos con placer, aunque a distancia, a la gran onda de aplausos que correrá por América y España en celebración de su nuevo triunfo.

E. López Rivas

El Fonógrafo

Zulia, 1905

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

D. Quijote en América por Tulio Febres Cordero. Hemos leído este libro que no desdice del escrito por el inmortal Cervantes. Invención, buen plan, estilo correcto, crítica de los vicios principales que nos aquejan en lo moral, intelectual y político, hay en este libro recomendable. El Quijote es el mismísimo del ilustre Manco: pero revestido con la indumentaria de la época, y ataviado con todos los arreos de incredulidad, materialismo, y peregrinos resabios de lo que se ha llamado la civilización moderna. Las mismas locuras del ingenioso Hidalgo metamorfoseadas en otras todavía más peregrinas, por obra y gracia del progreso.

No estamos llamados a hacer el juicio crítico de esta obra; pero creemos que Dn. Tulio ha escrito un libro útil.

L.E. Contreras - A. Ibarra

Sin referencia hemerográfica

Entre 1905-1906

POMPEYO A. OLIVA

Don Quijote en América

Este libro nació, no en el estrecho recinto de un cautivo español, víctima de la vieja consigna “por mi Dios y por mi Rey”, sino en las frías cumbres de Los Andes, donde es el aire puro, grande la libertad y fecundo y espontáneo el ingenio.

La obra de Cervantes, intitulada “El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,” es inmortal; escrita ha muchos siglos, se amolda aun a las épocas actuales y se amoldará a las venideras, porque es una fotografía exacta de la humanidad. Esto por lo que respecta a la intención que persigue a su acervo filosófico, que en cuanto a la buena dicción, a la sonoridad de las cláusulas y a la sublime limpieza del estilo, ya muy eminentes gramáticos la han canonizado como molde del más racional y estricto clacisismo.

A primera vista, solamente el título de la obra del doctor Febres Cordero constituye una solemne pretensión, y no habrá faltado quien de tal tilde al correcto escritor merideño, porque a pesar de ser ley de la humanidad su constante evolucionar en pos de la perfección, cunde entre nosotros el raro prurito de mirar como inimitable la obra de los que nos han precedido.

Yo no pertenezco al número de los que creen así: tengo fe en el progreso y miro a la humanidad subiendo una a una las gradas de su perfección moral e intelectual. Yo no creo que el talento es patrimonio de una casta determinada; él surge con el mismo ímpetu en las populosas ciudades de Europa que en las humildes aldeas de la América.

Por eso la tarea del doctor Febres Cordero, literato ventajosamente conocido dentro y fuera del país, revela mucha laboriosidad y muchos nobilísimos deseos de levantar a la Venezuela literaria a la misma grande altura a que la levantaron, ha muchos años, el académico Baralt y el sabio don Andrés Bello.

La literatura en Venezuela atraviesa un período alarmante: ni la herencia que nos legaron los sabios ya nombrados, ni la gloria de Pérez Bonalde, Yepes, Guaicaipuro, Pardo, Vázquez, los Calcaños y otros, ha sido bastante para salvarla de ese desastre espantoso que se llama *decadentismo*.

No pertenece el doctor Febres Cordero al número de los decadentes, antes bien, en su libro, que es de una causticidad poco común, ridiculiza a uno de esos peregrinos amantes de una literatura que tiene para ellos el raro mérito de ser de procedencia extranjera y dar abrigo a toda clase de absurdos y despropósitos.

Encantados, que no muertos, don Quijote y Sancho Panza en la cueva del gran Montesinos, salieron de ella al toque magno del sabio encantador llamado Progreso, y merced a los buenos, aunque no desinteresados oficios, del asustadizo pastorcillo de los célebres campos de Montiel. Y fue el primer pensamiento del generoso hijo de La Mancha, despojarse de sus antiguos honrosos títulos de enderezador de entuertos, deshacedor de agravios y amparo de huérfanos y viudas, para arrogarse el moderno y pomposo de Campeón del Progreso.

Y como era natural, dirigió sus miradas a la virgen América y a ella enderezó sus pasos, no con propósitos de lucro cual es moneda corriente en casi todos los extranjeros, sino con la saludable intención de zambullirnos en la piscina de la civilización europea y verificar por ende la redención de nuestro tradicional salvajismo.

Fue don Quijote en América, a mejor el doctor Quix, que tal era su nuevo nombre, ni más ni menos que un sabio: sus palabras y procedimientos dejaban boquiabierta a los pobladores de estos villorrios, y si no hubiera acertado a embarcarse en la barquilla de un globo aerostático, al fin, y muy a pesar de su moderna sapiencia, habría sido la mayor calamidad conocida en América desde la época de su descubrimiento, pues era por cuenta del erario público como satisfacía sus necesidades.

Figura además en el libro un personaje nombrado Policarpo, quien llegado de New York e imbuido por ende en los novísimo adelantos del gran Mundo, hallaba aceptables cuantos disparates forjara el calenturiento cerebro del honorable doctor Quix, y así, éste y su admirador constituyen los dos polos del eje alrededor del cual gira la culta crítica del talentoso doctor Febres Cordero.

Tal es, en resumen, el argumento de este libro que nada arguye contra las ideas que en cuanto a civilización pueda abrigar el doctor Febres Cor-

dero, pues los americanos del Sur no miramos con ojeriza la cultura europea, ni damos a nuestras patriarcales costumbres un puesto que no les corresponde, antes bien, creemos que poco a poco y al igual de todos los países, nos despojaremos de todo cuanto tenga resabios de barbarie; pero no a saltos como suelen pretenderlo algunos de allende el atlántico que vienen a la América creyendo encontrarnos armados de flecha y luciendo plumas de papagayo.

Corre también en el libro una leyenda amorosa que, lejos de parecer desagradable por exótica, da amenidad al relato, tierna y sencilla pone de manifiesto la ternura con que sabemos amarnos los americanos. Así como en el seno de nuestra exuberante y pródiga naturaleza crece el ceibo altanero y la corpulenta encina sin que el labrador abone el surco de la tierra, así el amor nace del choque de dos miradas y crece como un gigante ante la perspectiva de gratos y halagadores deliquios en la humilde santidad del hogar.

Galano, atildado y con mucha frecuencia brillante, exhibe su estilo el doctor Febres Cordero y nadie sentirá hastío cuando acabada la lectura de la última página, caiga de las manos este libro, modelo alentador de una grande laboriosidad puesta al servicio de un fin nobilísimo y de una levantada intelectualidad.

Y mientras la caravana del *Decadentismo* atraviesa en famélicas cabalgaduras las cálidas arenas del Sahara, la Escuela Clásica, de la cual es una rama el Modernismo bien entendido, pasea sus inacabables proezas en la prosa de Cervantes y en las sublimes estrofas del inmortal Núñez de Arce.

Ignacio Martínez

El Castillo, Valera

Setiembre de 1905

UN BUEN LIBRO

Con atenta dedicatoria hemos recibido a D. Quijote en América, preciosa obra literaria de nuestro colega y amigo doctor Tulio Febres Cordero, cuya sola firma es la mejor recomendación de tan interesante crítica. Hemos leído las 306 páginas de que se compone el libro y no pudimos menos que exclamar lo que en justicia han dicho personas autorizadas del autor: así se escribe y se honra la literatura patria. Ya hicimos un pedido a Tulio de 10 ejemplares de su obra para diez amigos que han querido conservarla en sus respectivas bibliotecas.

Nuestras felicitaciones para Tulio y para Mérida, cuna del autor y de muchos hombres ilustres.

Ignacio Pedroza, San Carlos

Sin referencia hemerográfica

HONRA A LAS LETRAS PATRIAS

Reproducimos complacidos lo siguiente que honra al distinguido escritor meridense, Dr. Tulio Febres Cordero, cuya pluma es fecunda y acaba de dotar la Bibliografía Nacional de bien sazonado fruto, desprendido del frondoso y trisecular árbol del Quijote: “Don Quijote en América” o sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo, es una obra que ha publicado en Mérida el reputado escritor Tulio Febres Cordero y de la cual se ha servido dedicarnos un ejemplar. Apenas hemos leído tres capítulos y ya podemos prometernos horas de solaz y de inocente esparcimiento con esta lectura, en la cual se relatan en estilo cervantesco, las nuevas aventuras y descomunales lances de aquel eterno deshacedor de agravios y de su panzudo escudero.

Damos las gracias al señor Tulio Febres Cordero por su obsequio.

La Religión, Caracas



DON QUIJOTE EN AMÉRICA

D. Quijote en América, por el ilustre escritor venezolano D. Tulio Febres Cordero. No se lee sino se devora esta interesantísima novela escrita con galano y elegante estilo, correcta frase y agudo ingenio. Es una sátira finísima, chispeante y amena. Imagina el autor que el cabo de los siglos, D. Quijote y Sancho han resucitado y salen de la famosa cueva de Montesinos a correr aventuras nuevamente por el mundo, dirigiéndose a América. Pero si bien D. Quijote conserva su valor, su nobleza, su generosidad y su locura, ya no va con las armas de los antiguos caballeros andantes, sino con las del presente siglo; ya no es el caballero de la Triste Figura sino el Caballero del Progreso, y va montado en bicicleta, con botas altas y casco, armado del compás, la brújula y el barómetro, cometiendo graciosísimas locuras en nombre de la ciencia y del progreso. El inteligente autor prueba que evidentemente D. Quijote es un personaje de todos los países y de todos los tiempos, que su locura va con las situaciones y las épocas del mundo, y que por donde quiera se ven ahora Quijotes del progreso, descubridores del helióforo y otras cosas de la laya.

A. León Gómez

Sur-América, Bogotá

DON QUIJOTE

Sobre la obra meritoria que con este título ha escrito nuestro inteligente amigo el Dr. Tulio Febres Cordero, y que justamente le ha valido nota de celebridad dentro y fuera del país, acaba de pronunciar un juicio crítico el erudito y castizo escritor trujillano, D. Juan Pablo Bustillos.

Es una satisfacción que experimentamos viendo que la crítica ilustrada imparte severamente justicia a los méritos indiscutibles de la ingeniosa obra; y nos enorgullece, al propio tiempo, que unas ligeras apreciaciones que sobre el referido libro hicimos cuando apareció –que por cierto nos valieron un dicharacho del colegio de *El Avisador*– hayan coincidido con el notable juicio a que nos referimos, y que publicaremos en nuestro próximo número para solaz de nuestros lectores.

A.C. Sanz

El Progreso, Mérida

UN NUEVO LIBRO EN LOS ANDES

He leído con sumo interés la preciosa obra titulada “Don Quijote en América a sea la cuarta salida del ingenioso Hidalgo de la Mancha,” de la cual es autor mi ilustrado amigo, doctor Tulio Febres Cordero.

La aparición en estas montañas de un libro de la importancia y trascendencia de ese, es novedad ante la cual debemos descubrirnos, con mayoría de motivos él, fuera de rebelarnos el talento, ingenio y esmerada consagración al estudio de quien lo escribe, entraña por la condenación de vicios, usos y hábitos pernicioso, saludables advertencias y enseñanzas. En Los Andes han desarrollado eminentes literatos, oradores y estadistas, hombres versadísimos en historia, en derecho, en medicina, en todos los ramos del saber; pero desamorados de gloria póstuma, en lugar de legar sus esclarecidos

nombres de obras provechosas y perdurables se conformaron con lucir las ricas galas de su erudición y talentos, en opúsculos y periódicos ocasionales, y las más de las veces, en hojas volantes, alimentadoras, con polémicas ingratas y enojosas, del fuego de las pasiones.

El doctor Febres Cordero tiene ya sentado crédito de escritor galano y correcto, publicista y literatos aventajado; y por el sólo hecho de haber condensado en tomitos preciosos, preciosísimos, toda la historia universal, puede dormir coronado de laureles, en el mullido lecho de su merecida fama. Muy dado al estudio de nuestras antigüedades, las publica, ora en narraciones serias, ora en forma de cuentos y chistes salerosos. Filósofo, ha renunciado en absoluto a los pérfidos halagos de nuestra política; y como jamás ha sido náufrago de sus violentas tempestades, ha podido vivir tranquilo al calor del hogar, en el deleite y embeleso de la adorable compañera y las gracias y encantos de la interesante prole: encariñado con sus libros y labores tipográficas; y en el vagar de esas ocupaciones, consagrado al cultivo de ameno campo, cuyo recreo y solaz restaura fuerza, despeja el entendimiento y el espíritu, compensa las vigilias del estudio y comunica nuevos alientos para proseguir la obra civilizadora. Exento yo de crédito alguno literario, con la sincera convicción de mi inferioridad, está muy lejos de mí la vanidosa pretensión de hacer un juicio cabal y acertado sobre el libro del doctor Febres Cordero; pero no obsta eso para que en la creencia de haber comprendido sus grandiosas y emancipadoras tendencias, le tribute mis aplausos y emita mis humildes apreciaciones sobre su visible intención.

A pesar de que el doctor Febres Cordero escribe el castellano, limpio, puro y claro, no lo tengo por adepto servil a las rigurosas y estrechas formas del clasicismo: constame por el contrario, su esmerado empeño en constituir liga que forme escuela literaria esencialmente latino-americana, sin que ese estado de independencia tienda a corromper nuestro idioma de Castilla, ni a proscribir en absoluto la Gramática y el Diccionario. En su libro ha generalizado sus aspiraciones, porque piensa que encerrándolo todo, todo, esta inmensa región bañada por el atlántico y el Pacífico, incuria y merma es que abandonemos el hogar para endilgarnos a pedir prendas prestadas a ultramar. Sin pretender retrotraernos a los añejos usos, prácticas y costumbres de nuestros abuelos, ni obrar sugestionado por instintos de raza a por egoís-

mo lugareño, él quiere que caractericemos nuestra nacionalidad, comiendo, bebiendo y vistiendo a lo suramericano: que abandonemos la manía de las imitaciones y nombremos nuestras cosas en el idioma que balbucimos desde niños. Muy puesto en razón es que contando más de siete décadas de haber-nos ampliamente colocado en las corrientes de la civilización y con exuberancia de elementos de vida propia, ambicionemos noblemente a promoverlos y desarrollarlos por la aplicación de la industria y el trabajo, hasta bastarnos a sí mismos, hasta parangonarnos con los Estados Unidos de Norte América y con otras naciones del viejo mundo. EL Japón, nacido ayer a las luces de la civilización y el progreso, ya esplende en puesto preminente en el estrado de las potencias de primer orden.

Como preciada ofrenda en la tercera centuria de glorificación del ilustre manco de Lepanto, la salida del libro ha sido oportuniísima; y realza el mérito del homenaje, la imitación del estilo cervantino y el aparecimiento del héroe que sirvió a Cervantes de tema para inmortalizar su nombre, dando al mundo el libro más editado y traducido en todos los idiomas. Ahora no viene Don Quijote armado de todas las armas, caballero sobre el desme-drado Rocinante y loco de amores, pero sin causa, a resucitar la caballería andante, no; curado de esas manías, vestido de turista, rindiendo jornadas en bicicleta y con las ínfulas de doctor en todas las ciencias, ahora viene como propulsor del progreso moderno, a poner en práctica inventos asom-brosos, propios y ajenos; a ratificar descubrimientos científicos indebidamente menospreciados y olvidados; a restablecer, como creencia única, el escepticismo religioso a libre pensamiento; y sobre todo, viene con trazas de unificar el decadentismo histórico e implantarlo como escuela exclusiva de literatura en estos países de salvajes rabudos y caníbales. Hago alto para establecer distingos entre lo que se llama modernismo y decadentismo. La primera de dichas escuelas, si bien fuera de las cárceles en que los gramáti-cos, retóricos y preceptistas aprisiona el pensamiento, campea en espacios luminosos, tiene olor a tomillo y sabor a miel, produce lindísimas flores de variados matices y aromas exquisitos, pinta a lo vivo cascadas de piedras preciosas, lloviznas de oro, cielos esplendorosos, horizontes dilatados con fulgores de incendios, resplandores de soles, auroras boreales, cumbres altí-simas argentadas, campos de esmeraldas, levantes y posturas del astro rey

con crepúsculos multicolores, tempestades soberbias, auras suaves, frescas y perfumadas, pájaros de mil colores que en armónicos y melodioso himnos cantan las bellezas de la naturaleza y en fin, con sus atrevidas imágenes y metáforas brillantes, deslumbra, fascina y cautiva. La otra, el decadentismo, es el desorden, la anarquía, el desenfreno, el desafuero, desparpajo y libertinaje: para mí el decadentismo es a la literatura lo que la cizaña al trigo; el gorgojo en rico acervo de granos; los bachacos en un jardín: es lo que en el estado social, el sectarismo de Fournier y de Proudhon, el nihilismo ruso, la *comune* de París a los cantonales de España. Por no alargar más este trabajo dejo de copiar íntegra, recientes publicaciones de un escritor modernista, en que organiza la tribu esa con todas “las mediocridades, los escapados de la clínica, los anémicos, cretinos, vagabundo y malvados, que con disfraces polícromos, se entregan a toda clase de locuras en festines y orgías carnavalescas, y corren a las aldeas y Villorrios a ostentar las galas de sus vestidos e ingenios ante merceras y grisetas”.

Sin embargo, de que en esta cuarta salida alientan a Don Quijote propósitos distintos de los de las anteriores, el cambio de nombre y de profesión no ha alterado en nada sus cualidades de caballero cortés, gallardo, urbano, cometido, galante y sentimental, ni la candidez de sus alucinaciones y el temerario coraje con que afronta y acomete todos los peligros.

La exacta imitación del verbo de Cervantes, es timbre de merecimiento esclarecido ganado por el doctor Febres Cordero, puesto que no es en el día empresa fácil asimilarse a las formas de un estilo que en el proceso de tres siglos ha pasado por tantas modificaciones y giros. Y no menos digno de encomio es el fiel remedo de la jerga decadente, porque aunque los escritos de los individuos de la secta sean a vuelta de esquina conocidos, ya que nunca faltan en ellos las palabras “irredento, inmisericorde, entardecer, potenciales, cerebrales, etc.” Los adjetivos de regular formación v.g. “adoratriz, liberatriz, esclavotriz, disparatriz, etc.”; los sustantivos empleados como adjetivos, las anfibologías, trasposiciones, metáforas absurdas, los neologismos y otro cúmulo de oscuridades que mancillan la Lengua, ponen asombro en el ánimo del lector y lo meten de patitas en antro de tinieblas, preciso es reconocer que hasta para coordinar disparates se requiere talento e ingenio.

La novela con que el Dr. Febres Cordero agranda y ameniza la obra,

es esencialmente moral y de realismo efectivo, porque de los sucesos que refiere y los personajes que figuran en el desenvolvimiento del plan, tenemos a maravilla ejemplos y trasuntos verdaderos. Sólo son ficticios el Doctor Quix y el señor d' Argamasilla.

De Mapiche revuelto, víctimas sus pobladores, de todo el cortejo de violencias, atropellos, vejámenes, encarcelamientos, exacciones, expropiaciones y toda clase de arbitrariedades y escándalos, no hay distancia alguna a lo que acontece con la alarma de guerra en todos los pueblos que fueron de Colombia la grande; y en la propia jurisdicción topamos sacada a paso magnates engreídos, soberbios, intolerantes y matasietes de la propia talla del capitán Rodríguez.

Levitas mansos, dulces, piadosos, caritativos, abnegados y sencillos cual el padre Juan, apóstol verdadero de la doctrina de Jesús, también abundan en nuestras poblaciones. Es escrupuloso celo de aquél en impedir que se hiciese uso de sus campanas para repicar la solemnísima entrada del Doctor Quix a Mapiche, es ocurrencia muy propia de la inocencia y candidez de nuestros curas de pueblo.

De por acá son contados los jóvenes que van a educarse a Europa o a los Estados Unidos del Norte, por lo cual no tenemos *europisados* ni *yan-kinsados*: pero con esos distintos objetos se separan a otras ciudades más pobladas y de mayor cultura y desenvolvimiento intelectual e industrial de donde vienen que nada por acá les sabe ni les huele. Vestidos lujosamente de botas charoladas a zapatos amarillos, varita flexible con empuñadura de oro, gran leontina, lentes y florecita en el ojal del frac, caminan de puntillas para que las piedras no les maltraten los talones; y como si en el interior viviéramos entre nubes de polvo, infusorios y microbios, no se cansan de lucir, llevándose a las narices, el perfumado pañuelo de batista de delicada seda; y con estudiado remilgamiento femenino y con frecuencia que fastidia, míranse, remíranse y sacúdense la indumentaria con las puntas de los dedos a medio tocar en modo de no lastimarse las rosadas y bien recortadas uñas. Para caracterizarse de forasteros, son ateos, decadentes, enamorados de las selecciones del sistema darwiniano, adoradores de sí, propios a ególatras y padecen por añadidura de las enfermedades de moda en los grandes centros de civilización –dispepsia, neurastenia, y miopía. Viven hundidos de melan-

colía, nostálgicos y dolidos del deplorable atraso de estos lugares y su falta absoluta de teatros, *soirees*, *sports y confort*; y ese es el otro declamar, apostrofar y maldecir por haber hallado todavía en uso las vetustas prosaicas palabras con que nombran los bailes a saraos, ramilletes, posadas, fondas, cubiertas de cartas u oficios, estrenos, puntotes u once (las) calles anchas etc., etc. Tal es, poco más a menos, el molde de que saca el doctor Febres Cordero a Policarpo, ingeniero electricista y prometido de Lola.

Dejo aquí el análisis de la novela porque hago memoria de mi oferta de no formar juicio cabal sobre el todo del libro, por juzgarme para ello incompetente.

En fin de fines, el Doctor Quix y el señor d' Argamasilla se fueron en globo aerostático; y no será extraño que algún sabio astrónomo los descubra ocupados en investigaciones siderales en Urania u otro astro habitado acaso en persecución del cometa de Halley, para regresar dentro de seis años. Justo es esperar la historia de esa aérea correría del Ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Reciba el señor doctor Febres Cordero, mis ingenuas y calurosas felicitaciones por la indiscutible importancia de su libro y mis votos porque con gajes de honra, prez y lauros, alcance a ver cosechados los frutos de su merítísima labor.

Juan P. Bustillos

Trujillo, Setiembre de 1905

El Progreso, Mérida, 1906

El Fonógrafo, Maracaibo, 1906



Caballero errante en la edad media, y es ahora
apóstol de la ciencia y del progreso en los tiempos
modernos.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

El señor doctor Juan P. Bustillo, pensador ilustrado, ha publicado en la sección “Colaboración” de *El Fonógrafo*, de Maracaibo, y bajo el título de “Un nuevo libro en Los Andes,” un bellísimo artículo, en el cual le rinde homenaje de justicia a la última producción literaria de nuestro amigo el señor doctor Tulio Febres Cordero. Lamentamos que la estrechez de las columnas de nuestro semanario no nos permita honrarlas con la reproducción del artículo del doctor Bustillos; pero sí le decimos desde acá, al justiciero y galano escritor trujillano, que nos adherimos de todo corazón a su juicio emitido sobre la obra de Tulio, porque con ese juicio, además de rendirle culto a la verdad, complace a los admiradores del afortunado autor de “Don Quijote en América,” que somos muchos, y le grita: ¡Alto ahí! a los que, por envidia, a por cualquiera otra pasión innoble, miran de reojo todo aquello que su escaso intelecto no puede producir.

Lisandro Acosta Canales

Sin referencia hemerográfica

DON QUIJOTE EN BURRÓPOLIS

Al doctor José Antonio Hernández

Tate, tate, folloncicos,
De ninguno sea tocada;
Porque esta empresa, gran rey
Para mí estaba guardada.

Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comúnmente Don Quijote de la Mancha,

había pasado de esta presente vida y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedía para Hamete Benengeli lo resucitase falsa y sacrílegamente.

Dn. Antonio Ledesma Hernández, no contento con la gloria de haber producido a “Canuto Espárrago”, ha querido immortalizarse en Madrid como el cuervo que quiso imitar al águila, según nos refiere Esopo: ha tenido la colosal y grandiosa quijotesca idea de sacar a Dn. Quijote de la fuesa en que lo dejó Cervantes.

Si las obras se parecen a sus autores, el nuevo Quijote debe ser una cosa fenomenal, porque el heroico valor de resucitar a D. Quijote, excede los límites de lo sobrenatural.

Y digo los límites de lo sobrenatural porque estando como está tan difundida entre nosotros la doctrina de las reencarnaciones, no tiene mucho de increíble que hubiese vuelto al mundo Cide Hamete, único autorizado para escribir el Quijote; pero si es inverosímil que Cervantes, que no llegó a faltar jamás a la verdad, resucitase para ello solamente: “Déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese: en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño *que no me profanen presuntuosos y malandrines historiadores*; yo fui loco y ya soy cuerdo”.

Caso de chiste parece, en efecto, la peregrina ocurrencia del señor Ledesma, pues para acometer semejante empresa es necesario mayor osadía que para colocarse en medio del camino a mandar que los pasajeros se tengan y confiesen y juren que la doncella más hermosa del mundo es la emperatriz de La Mancha.

Pero de todo ha de haber en la Viña del Señor. El respeto a la opinión es un sentimiento más profundo que el del instinto de la conservación individual; a cada instante compromete uno la vida, no solamente, sino la salud y la libertad porque digan los demás que se tiene valor, dignidad y vergüenza.

Pero el deseo de la celebridad (la mamá de publicidad, como dicen los decadentes) es un afán más fuerte que el respeto a la opinión.

Y si no que lo diga Eróstrato.

S. Mevio

Y el señor Ledesma Hernández.

El anterior artículo se me quedó trunco por haber recibido (antes de terminarlo) noticia de que el Doctor Tulio Febres Cordero ha publicado otro Quijote.

La noticia me la trajeron “El Castillo” y “La Palanca” periódicos que parecen orotes aunque son anónimos ambos.

El primero dice que este Quijote si no es superior es igual por lo menos al del Manco; y el segundo, que el título de la obra y el nombre del autor eximen de la recomendación.

Todo puede suceder; pero en mi concepto el aserto de “El Castillo” está muy equivocado.

Porque el de Cervantes es un Quijote universal; y el otro es apenas un Quijote americano; digo si el título no miente.

Yo no he leído ninguno de los dos nuevos Quijotes, y tengo muy vivos deseos de leerlos; pero no por mera curiosidad, sino porque yo también me aplico a correr tras de la fama, y quiero tener preparado terreno, porque puede suceder que alguno se determine a componer un Quijote venezolano, y entonces yo, que no soy ni más ni menos que *naidem*, escribo otro Quijote y lo titulo: Don Quijote en Burrópolis

Este Quijote mío no será caballero andante; desde ahora lo aviso.

Será todo un señor juez; ilustrado, independiente y probo, que no conocerá la concusión ni mucho menos la venalidad; sobre todo cuando se trate de fallar en asuntos relacionados con ley de Divorcio.

No tendrá escudero sino secretario, el cual usará alpargatas en vez del asno, y en refrendando las decisiones dirá. “Sin duda éste mi juez es tan recto y tan diestro en la justicia como él dice,” y por supuesto que entre juez y secretario enderezarán los mismos entuertos y desharán los mismos agravios que enderezó y deshizo el de la Triste Figura el licenciado Alonso López.

La burla, la maledicencia y la envidia se cebarán en mí; pero mi nombre envuelto en la aureola de la gloria, volando en alas del Éter llegará hasta el imperio de la Princesa Micocona.

Y ¿para qué les digo más nada? Sino ha de faltarme un bardo que me dedique, una corona poética como el siguiente:

SONETO

Dejad, nereidas, del albergue umbroso
Las piezas de cristales fabricadas,
De la espuma ligera mal tachadas,
Si bien guarnidas de metal precioso.
Salid del sitio ameno y deleitoso
Dríadas de las selvas, no tocadas,
Y vosotras, oh, musas celebradas,
Dejad las fuentes del licor copioso.
Todas juntas traed un ramo solo
Del árbol en quien Dafne convertida
Al rubio Dios mostró tanta dureza;
Que cuando no lo fuera para Apolo
Hoy se luciera laurel por ver ceñida
De un burropolitano la cabeza.

Víctor R. Martínez.

DON QUIJOTE EN BURRÓPOLIS

Con este mote *benemérito* se propone *hacer* un nuevo Quijote el señor Víctor R. Martínez en Sabana de Mendoza, según lo refiere él mismo en *El Avance*. Oiga, señor Martínez, y perdone, no necesita *hacerlo*, está hecho, y es usted.

Creíamos que era solamente en Caracas donde *pululaban* los Quijotes de Venezuela; pero estábamos errados. En Maracaibo apareció el señor Alegretti, y ahora usted en la Cordillera.

Los que censuran desfavorablemente, hasta llegar al ridículo, la obra de don Tulio Febres Cordero, no pueden ser otra cosa que unos Quijotes. No

es extraño que “Don Quijote en América” haya tenido sus detractores: los tuvo la obra del “Manco de Lepanto,” y los tuvo también la “Gramática” de nuestro ilustre Bello. El señor Alegretti no es de ahora que viene en la manía de atacar a don Tulio; hemos notado que en otras ocasiones se ha dado también a la tarea de criticarlo.

Y ¿por qué?

Por envidia!

V.M. Lugo Blanco

El 23 de mayo, Mérida

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

El libro con que el señor Tulio Febres Cordero acaba de enriquecer la bibliografía nacional es bella obra literaria, al par que noble esfuerzo patriótico, producto de un espíritu sereno y elevado, creación de una inteligencia perspicaz y fina. Por eso es hermoso cuadro en el cual las figuras se mueven desahogadamente y las luces y las sombras están repartidas con mano delicada, visión clara y firme pulso; por eso es fruto de buena tierra, apetitoso y suave, que habrá de dejar sabor de miel en todos los paladares, cosechado en jardín propio por la experta mano de cultor inteligente y modesto; por eso es regalo de la mente y regocijo del espíritu, lleno de gracia juvenil y sana, no contra hecha ni prestada, en cuya contemplación puede con largueza aplacerse el ánimo sin repugnancia, sin cansancio y sin hastío.

Bienvenido sea una y mil veces el egregio caballero del ideal, ése cuya alma es perpetuo hervidero de aspiraciones sublimes, cuyo corazón perínclito es foco inextinguible de pasiones magnas, cuyo brazo heroico es castigador justiciero de inicuos y perversos, sostén y amparo de infortunados y oprimidos ¡Don Alonso es persona de candidez evangélica, de voluntad irrestricta, de imaginación vívida, de virtud fuerte y austera! Malos hados lo per-

siguieron con crueldad en todos los momentos de su vida andante, mas no pudieron nunca domar su valentía, que lo lleva recto a consumir hazañas portentosas que han de vivir en la historia hasta el fin de los siglos. Con talla y talante de redentor cruza garboso por el mundo; y aunque, cuando la vida se le acaba, su juicio vuelve a casa y su ilusión se desvanece, lo que al parecer achica su grandeza, la *angélica farfalla* del ideal, que hizo sus alas luminosas con sangre de su corazón y aliento de su alma, vuela pura, con toda su magnificencia integral, y es sueño que inspira, fortaleza que anima, estrella que marca rumbo, cordial que alivia la pena del vivir.

Hizo bien el señor Febres Cordero en despojar de sus arreos de combate al hidalgo sin tacha, para traerlo a la tierra americana, bajo el disfraz de andante reformado y caballero de ese progreso que sólo se finca en echar a todos los vientos nombres vanos, frases huecas y palabras sonoras: la espada de don Quijote, afilada por el genio para descabezar gigantes y destazar malandrines; su formidable lanza, que atrae la chispa de la maldad y la ignorancia como un pararrayos milagroso; su fuerte celada, defensa de la excelsa cabeza que abrigó tanto gallardo pensamiento; su recio escudo, que esplende en las batallas como sol de oro, años ha que duermen en el museo de la inmortalidad, convertidos por los encantadores en sagrado metal incorruptible. De ninguna manera, pues, podía don Quijote comparecer en estas páginas montado sobre el épico Rocinante en son de perseguir aventuras y rematar hazañas desemejables; de otra guisa debía venir adobado el famoso Caballero de los leones, para que la relativa originalidad de la obra no padeciera menoscabo. Sucede así, en efecto, y el héroe de la novela viste el traje del turista y con él se presenta en estas tierras como llovido del cielo, para completar la labor de sus exóticos colegas, flamantes propagadores de palabras, de ideas, de costumbres y de hechos copiados, y grotescamente repetidos, de países del todo diferentes de los nuestros. En este punto el autor maneja con habilidad la burla y la ironía y su pluma corre fácil cuando hiere una mala costumbre o zarandea a algún personaje, *celebridad* de parroquia que garbea pomposamente como un pavorreal entre un corral de gallinas, o un toro entre una manada de carneros. Su sátira es sobria y parca, y por ello eficaz y certera; sutil y penetrante, además. Marca apenas la herida en la epidermis, pero desgarrar la entraña con un arte raro y fino que no yerra el

punto que ha de herir. No da en la manía de psicologizar, mas su observación es suficientemente penetrante y los caracteres salientes de su obra están bien dibujados, casi magistralmente. Un aliento suave de bondad se difunde en estas páginas, donde no se encuentra ni una sola palabra del vocabulario pornográfico y callejero de algunos escritores que recargan adrede sus producciones con todo género de afrodisíacos y excitantes, propagando acaso de este modo los vicios que pretenden censurar y agrandando y profundizando las propias llagas cuya curación anhelan. Desde este punto de vista el libro de Febres Cordero no merece sino elogios, y aquí se los tributamos con largueza.

Lugar muy secundario ocupa el paisaje de *Don Quijote en América*, no porque el autor no revele aptitud bastante para hacerlo resaltar, pues a veces exhibe rasgos de irreprochable hermosura, sino, según juzgamos, porque la índole de la obra no le imponía la descripción minuciosa de la naturaleza y sí la exposición detallada del medio social donde se mueven sus personajes; exposición de que Febres Cordero ha salido airoso en el conjunto y en los pormenores. Inmenso y árido además es el campo que se ofrece hoy al trabajo del novelista americano, y el objeto en que ha de ejercitar la fuerza de su cerebro y de su pluma, no es la naturaleza, sino el hombre, como individuo y como pueblo, si desea que su labor sea fecunda y útil, es decir, trascendental y civilizadora. Abunda en nuestras sociedades el tipo del desequilibrado y pervertido, tanto por una educación defectuosísima, como por la dañosa influencia del medio social en que vive; así que todos sus actos, costumbres e ideas son, como reflejo o exteriorización de un lastimoso estado de alma, las menos adecuadas para constituir el carácter elevado de un todo social verdaderamente civilizado y culto. El mal es grande y va echando raíces, pero no es irremediable: toca al hombre de inteligencia, que descuellasobre la muchedumbre ignara, marcar el rumbo y orientar a la doliente caravana en su marcha hacia el ideal que encarna la vida de los pueblos. Presentar para todos los excesos y extravíos, para todos los escarnios cometidos en las sociedades hispanoamericanas contra la justicia, la libertad y el derecho, la excusa de la raza, es mezquino recurso de una trapacería sofisticada. Con razón ha dicho el elegante escritor E. Rodríguez Mendoza: “El americanismo consistirá en pintar los vicios y peculiaridades que en nuestro

continente ha determinado la adaptación violenta de las instituciones políticas y los usos europeos. Llega allá la sombra, el remedo de todo lo que pasa en Europa. Descubrir la característica de esta peligrosísima imitación: he ahí el americanismo que debe pedírseos.” Febres Cordero ha andado largo en ese camino: sus numerosos estudios sobre historia y costumbres americanas lo demuestran, y así *Don Quijote en América* es hito luminoso que servirá para señalar la ruta a los que quieran seguirlo.

Por lo que respecta al lenguaje y estilo, la obra abunda en buenas prendas: a una sustantivación rica añade un período sereno de buen castellano, que acredita que su autor no paga tributo a la atropellada manía de escribir a la moda, lo que vale lo mismo derramando una lluvia de palabras en un desierto de ideas.

Pedro Montesinos

Enero de 1906.

El Progreso

27 de julio de 1906



LIBROS LEÍDOS

Nadie los mueva
Que estar no pueda
Con Roldán a prueba.

D. QUIJOTE EN AMÉRICA

Se atrevió Montalvo a componer el libro *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes. Ensayo de imitación de un libro inimitable*, y salió airoso, porque si aquellas páginas no alcanzan a ser del autor de Don Quijote, llevaban la firma del folletista ilustre, lo cual era suficiente halago para los lectores.

Se requería, y este era el caso de Montalvo, una audacia sin ejemplo, propia de la mezcla de razas que había en el escritor ecuatoriano; y además –por sabido se calla– una erudición idiomática completa e ingenio de fuerzas extraordinarias para acometer empresa semejante, no intentada en tal forma por peninsulares, en quienes la admiración y el respeto por Cervantes, iba como todo culto humano hasta desvirtuar al dios adorado, conforme se ocurrían los comentarios y glosas de sus divinas parábolas; pero sin permitirse evitar su estilo.

Los *Capítulos* de Montalvo se parecen a los del tartamudo de Alcalá (porque el genio tartamudeaba, según Navarro y Ledesma) como se asemejan un río caudaloso y el afluente que le tributa sus aguas en reposado valle. El primero nace muy lejos en el recóndito seno de la tierra, socava montañas, cruza llanuras anchurosas, mezcla las aguas de extraños pueblos, conduce –unas veces con suave onda otras en encrespados tumbos–, pedazos de selva, barcos de velas rumorosas y, por último, lleno del sagrado misterio de su grandeza, penetra con serena majestad en el océano insondable, que es cual abismo donde se sumergen todas las vidas.

Así es Miguel de Cervantes Saavedra, su caudal de lenguaje abraza toda la extensión del idioma; recoge el habla popular de su época, la purifica y la ennoblece; unas ocasiones torrentoso é indómito, otras con manso

impulso, se espacía por selvas y collados llevando entre la hermosura de los giros lo vulgar y lo elevado, lo aristocrático y lo plebeyo del castellano.

Cervantes recogió el habla popular en magnífico cauce; su conocimiento de la lengua indígena era tan profundo que quizá no existe en otra literatura escritor que haya abarcado en una extensión tan sorprendente, el genio, el matiz y la fuerza de su idioma.

Los comentaristas del *Quijote* y las *Novelas ejemplares* han dado siempre golpes de ciego al pretender enderezar los giros usados por Cervantes. El Sr. Cejador en sus penetrantes análisis de los *Idiotismos del Quijote* confuta a Clemencín y a otros comentaristas y escoliastas del libro de Cervantes y, con frecuencia, se equivocaron por no conocer suficientemente la lengua popular donde se inspiró el autor insigne.

Hay en la obra del Sr. Cejador una observación que antes de seguir tratando de imitadores de Cervantes, citaré por hallarla oportuna y porque su realidad había tenido ya ocasión de anotarla respecto de lenguaje de los antioqueños.

“En América, –dice Cejador–, donde la ignorancia de nuestras tradiciones fue consecuencia del aislamiento, y donde la literatura francesa tomó el lugar que se debía a la antigua castellana, se nota un desnivel enorme entre el habla del pueblo, tan castiza como en España, y a veces más todavía, y el modo de escribir de los que tienen a gala apartarse de esa habla genuinamente castellana de pueblo y remedar desacertadamente todo lo que leen en libros franceses”.

No pudo Cervantes perdonar a Avellaneda, el atrevido que pretendió ser su rival, y lo consagró con su amargura y su reproche.

“Guillén de Castro –dice Montalvo–, D. Pedro Calderón de la Barca, Gómez Labrador y otros escritores de primera línea han salido mal en el empeño de imitar a Cervantes. Meléndez Valdés acometió a componer un Don Quijote que se mostrase en el escenario cuan alto y airoso lo imaginó Cervantes. Meléndez, *el poeta insigne*, se quedó atrás, que su nombre solamente pudo preservarle de la mofa: la rechifla estaba en el disparador: mas sus compatriotas repararon en que hacer fisga de Batilio sería delito de lesa poesía; el silencio fue un homenaje al poeta, de la obra se juzgó mal; oíd si

no el juicio de Moratín: “La figura del ingenioso hidalgo –dice– siempre pierde cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve a repetirla.”

Montalvo, quien había vivido en las selvas del idioma cervantesco, que sentía una admiración rayana en culto por el raro ingenio español, escribió el *Buscapié*, prólogo cuidadoso, en extenso, para exculpar la falta que iba a cometer en seguida en su *Ensayo de imitación de un libro inimitable*; y a pesar de que Montalvo no era un ingenio excesivamente modesto ni ofi- ciente asiduo en el altar de la humildad literaria, se esparcía humilde en gallardos períodos a hacer la defensa de su empresa. “Tómese nuestra obrita –dice– por lo que es, un ensayo, bien así en la sustancia como en la forma, bien así en el estilo como en el lenguaje. ¡El lenguaje! Nadie ha podido imitar el de Cervantes ni en España, y no es bueno que un americano se ponga a contrahacerlo.”

La crítica declaró airosa la arriesgada empresa del escritor americano porque ni su talento ni su erudición, ni su culto acendrado por Cervantes, ni su magnífico estilo le permitieron profanar el ara del dios consagrado por las centurias y el número infinito de sus fieles. En el fondo todo se redujo a que Cervantes fue inimitable y Montalvo quedó el mismo Montalvo, prosista eximio.

Qué diré ahora de *Don Quijote en América*, a sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha, obra acometida por el escritor venezolano Sr. Tulio Febres Cordero, quien más osado que Avellaneda y a cien mil leguas del merecimiento de Montalvo, se las compuso consigo mismo y sin mayor recato se lanza a resucitar al Caballero de la Triste Figura y, en compañía de Sancho, lo trae a los rastros indios después de haber cometido toda suerte de desatinos en la Península.

Francamente confieso que no alcanza mi benevolencia hasta disculpar al Sr. Febres, quien debe de tener mucho juicio en sus negocios cotidianos y quizá mansedumbre cristiana, pero que carece de la noción de las proporciones intelectuales. Se podría asegurar que el autor venezolano es un iconoclasta, y si él mismo no nos hiciera partícipes de su catolicismo a decir llegaríamos que es un ateo. Tomar las figuras creadas por Cervantes, subir a sus altos pedestales, prendera. Quijote de la gorguera ya Sancho del cintu-

rón y descender con ellos a un campo donde sólo descuellan pedestres malas, es una irreverencia, es un pecado contra el espíritu santo del buen gusto.

Se adivina que el Sr. Febres Cordero ni tiene por Cervantes el culto religioso de Montalvo, ni bien ha meditado en qué consiste la suprema gloria de su libro. Se me pone que en Don Quijote sólo ha visto las aventuras, menos interesantes que las de una novela por entregas, y que pasa inadvertido el encanto soberano nunca igualado del estilo, aquella urdimbre de la frase llena de elegancias, semejante a una madeja de seda omnicolor, donde el hilo burdo se trueca en oro ante el reflejo de los más puros tintes empleados por el tejedor original y único.

Don Quijote en las páginas del Sr. Febres aparece un maniquí ridículo, un pseudo-sabio que en un pueblo de Venezuela trata de construir una máquina para conservar en la noche la luz del sol. La imaginación del caballero no trasiega por el campo del honor, deshaciendo agravios a en plática peregrina con la gloria, en un Doctor Quix, sin maldita la gracia, una caricatura irreverente.

Como el General Cipriano Castro retó a descomunal batalla a las potencias europeas saliendo ileso, así el Sr. Febres Cordero la emprende con Cervantes. Pero debe advertirse que el escritor no tenía la espada de Tucuyito y la Victoria.

Max Grillo

El Correo Nacional de Bogotá

Febrero 20 de 1906

EL QUIJOTE EN AMÉRICA

Admirable y extraño es el armónico ruido de las ideas que producen en el mundo de la Literatura, de las Artes y de la Literatura, de las Artes y de la Filosofía, esos privilegiados cerebros para la gloria, escogidos para vivir eternamente en el corazón agradecido de sus conciudadanos, como genios poderosos y civilizadores con su talento de una época, como seres acreedores a la inmortalidad.

Cuando vimos en la prensa del país y del extranjero elogios para la obra del eminente literato Tulio Febres Cordero, la cual lleva por título el mismo que encabeza estas líneas, nos dijimos: la obra será digna de la ilustración y conocida inteligencia de su autor, será acreedora desde luego a ocupar puesto distinguidísimo entre los más famosos libros escritos en lengua Castellana; pero cuando llegó la ocasión de que nuestro humilde intelecto gustara más de cerca con su agradable y provechosa lectura las hermosas primicias de aquella vigorosa intelectualidad, entonces tuvimos el gusto de ver dichosamente confirmado nuestro aserto, de ver triunfante de una manera tan generosa nuestro juicio, emitido a favor de una Obra, que como la de Cervantes sigue por los mismos luminosos y asendeados caminos que aquella pluma de fuego trazó tan milagrosamente, para bien de una época, para alivio de males de una loca e incorregible humanidad y torcedor maldito de esas envidiosas y prosaicas inteligencias, que buscan en la mezquindad el *amar-go* consuelo a su desesperación de escritorzuelos medianos y ridículos.

El libro de Tulio Febres Cordero, es como una delicada ampliación de la inmortal obra de Cervantes, son capítulos añadidos a la fantasmagórica “epopeya cómica de la humanidad”, a la eterna comedia que el hombre diariamente representa en el escenario público de la vida, y que aparece en nuestra edad, ataviada con el mismo ropaje, ni más ni menos celeberrima que en tiempo del manco sublime de Lepanto.

Su inteligente autor condensó magistralmente en las páginas admirables de El Quijote en América todo un siglo, dedicado, escogido puede decirse, por las inteligencias para llevar a cabo los más sorprendentes trabajos científicos en el orden universal de los descubrimientos. No figura ahí Don Quijote a caballo en su escuálido, inerme Rocinante, adarga en mano, inti-

midando con su aspecto tres veces horripilante y melancólico a las necias multitudes, a los tímidos de profesión que se cuidaban de su arcaico y dislocado verbo; no es el valeroso imperturbable caballeros de la Triste Figura deshaciendo agravios, enderezando entuertos, corrigiendo abusos y espantando comarcas enteras con el prodigioso ruido de sus hazañas.

Es el Dr. Quix, Caballero sublime del Progreso, montado en bicicleta con la instrumental caja de turista en la mano, perorando en lenguaje decadente y sorprendiendo siempre con su incurable locura a los sencillos moradores de un explotable y basto territorio, adecuado para las viles especulaciones de los falsos sabios de la época, apóstoles ruines de un progreso mentido y de una civilización imaginaria y relumbrona. No es el bueno de Sancho, espectador pasivo y compasivo de los desaciertos bien torpes de su amo. Es el Sr. D'Argamasille que busca todavía en la comida y en los deleites del sueño, consuelo para sus propias cuitas de paje, escudero desgraciado, sustentador a pesar suyo de las doctrinas decadentes del Siglo, y obligado por obra y gracia de su nefasta candidez y del progreso a renegar groseramente de la heroica y excelsa Religión de sus mayores.

El retrato de la época no puede ser más exacto; la obra no puede ser más hermosa: el lenguaje sencillo y con su sencillez esa magnificencia espontánea que encanta, que embelece; pinceladas felices, dignidad en la idea, sublimidad en la forma. Tulio Febres Cordero en su propia humildad es un artista: Tulio Febres Cordero, es un garrido doncel con experiencia, enamorado profundo de la Edad Media, y con ella de su inmarcesible grandeza, de sus gloriosos abolengos, de su heroica literatura y de su filosofía que es hoy la que aun priva en el mundo famoso de las Letras.

Tulio Febres Cordero es de los pensadores más avanzados en moral literaria, más amantes de la gloria efectiva del talento. Quien se atreva a sostener que sus ideas son retrógradas, o no entiende la noción verdadera del progreso y la civilización bien entendida, o da cabida en su delirante cerebro al ateísmo más grosero y degradante, que cultiva torpemente esa negra cáfila de decadentes, falsos apóstoles de la Belleza, que se dejan sugestionar simplemente por cualquier momia literaria, en cuyas manos profanas todo lo hermoso y dignificador parece, la luz indeficiente de la Verdad se apaga, ago-

niza el idioma, nuestra lengua y todo, todo es víctima del más exterminador de los fatalismo que pueden concebirse.

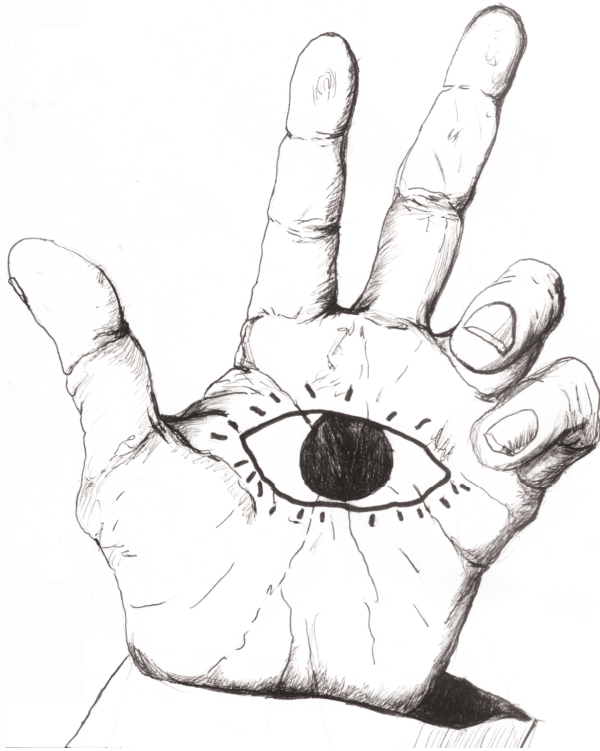
En esta obra es también la novela completa, acabada y bien hermosa; pues llena las condiciones requeridas para que la leyenda sea buena, bella, posible y conmovedora del ánimo. Lola, es el perfecto tipo de la mujer voluble y pérfida. María, el retrato cabal de la mujer desinteresada, simpática y humilde. Santiago, el hombre esforzado que va hasta el sacrificio, que vence contrariedades amando siempre el peligro y las desgracias. Policarpo, es el tipo clásico de los fanfarrones de provincia, que se creen muy encumbrados porque tienen ligeras nociones de cultura, pero ninguna luz en el cerebro. Y por último, Don Gaspar, es un personaje excepcional, de esos que nacen verdaderamente filósofos, que se burlan y ríen picarescamente de las locuras y flaquezas ajenas, defectos humanos que algunos con inaudita estupidez aplauden por creerlos cónsonos, noblemente enaltecidos de la época.

En fin, creemos que el inteligente autor de *EL QUIJOTE EN AMÉRICA* ha llenado la difícil misión de los sabios en la Tierra; ha hecho un bien a la religión, a las letras y a la Patria: a la humanidad entera, porque critica las doctrinas erróneas del Siglo, definiendo magistralmente la civilización y el progreso verdaderos.

Jesús Briceño Casas

Sin referencia hemerográfica

Tengo para mí señores
que D. Quijote no esta
muerto sino privado
del sentido.....



JUICIO CRÍTICO A DON QUIJOTE EN AMÉRICA

En 1905 apareció la patriótica e interesante obra de Tulio Febres Cordero titulada *Don Quijote en América*, la cual se ha prestado a diferentes juicios caprichosos, algunos de ellos pedantescos y vacíos. *Don Quijote en América* es un libro de bien, de virtud reintegradora, de patriotismo intencionalmente curativo, de propaganda contra el charlatanismo reinante hoy en Venezuela, de oposición al entronizamiento de lo exótico, adulterador funesto de la integridad nacional en todos sus órdenes y manifestaciones, y de resistencia briosa contra ese espíritu de novelería inconsciente que permuta de buen grado de oro puro de la *tierra* por las baratijas de buhonero itinerante que echa sobre nosotros el audaz mercantilismo de los países codiciosos que quieren explotarnos a sus anchas. Esa es la tesis de la obra, y se halla toda entera en el capítulo catorce, calcada sobre el principio de Baralt dos veces ya citado en este libro: “El problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal, sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota.” La obra del señor Febres Cordero se ha entendido en todo su propósito y alcance por los que la han leído con el cuidado que merece dándose cuenta exacta de la siguiente confesión del mismo autor: “*Don Quijote en América* no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo *criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*; mal que se encubre bajo la capa de un progreso artificial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, literatura, costumbres, industrias, y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida... ¿A cambio de qué? A cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos. Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con bri-

llantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.” Siendo como es, en mucha parte, de crítica sincera e imparcial el presente libro mío, me veo en el caso de decir francamente lo que pienso de Don Quijote en América. Alto sin duda viene a ser el pensamiento de la obra, y generoso el designio que la anima. Lo que le falta es acierto, en el plan precipitado, seguridad en el desenvolvimiento, más animación en el relato y una mirada sutilmente certera para dar en los vicios con la crítica. El señor Febres Cordero no podría nunca negar a riesgo de no aparecer ingenuo, que la obra es de imitación, ya que ésta resalta por lo viva en los pormenores de aquélla, y muy especialmente en la figura de Sancho el escudero; pero esa imitación no se ajusta a la obra de Cervantes en la parte subjetiva, y por lo mismo carece del valor esencial e intencional que necesita para el éxito solicitado por el autor con ella como arma de combate. Varios sentidos profundamente simbólicos y bellos tiene el Quijote de Cervantes. El Quijote es la eterna lucha sostenida por el idealismo del hombre superior, a quien califican de loco y visionario, con el sentido práctico del mundo; el Quijote es la tendencia del genio a engrandecerlo todo con la imaginación creadora, pero tropezando a cada paso y rompiéndose las alas con el realismo sanchista de la vida; el Quijote es Cervantes con su espíritu de justicia enderezado contra todas las infamias de su tiempo, con la burla que hace de todos los prejuicios y defectos arraigados en la conciencia de los pueblos, con la indignación generosa que descarga sobre todas las mezquindades negras que arrojaron a su gloria sus gratuitos e implacables enemigos; el Quijote, por último, es el grito revolucionario, acompañado de la risa más franca y más ruidosa que se ha oído hasta ahora en el mundo de la inteligencia, contra aquella literatura extravagante de los descabellados libros de caballería, ridiculizados en sus extraños episodios con las empresas imposibles del ingenioso hidalgo, y puesto en berlina, respecto de su estilo abigarrado, febricitante é hiperbólico, por aquel estilo terso, claro, henchido de gracia y de donaire, luminoso y elocuente que fue arrogancia insólita, ni tan siquiera igualada en ningún tiempo, en la pluma ingeniosa de Cervantes. Aún se oye resonando a todo lo largo de los siglos, ni dejará de oírse, aquella estentórea carcajada interminable que se apoderó de Sancho en la aventura singular de los batanes, y que, probablemente, fue el brioso golpe decisivo, el formida-

ble golpe, el golpe de muerte a cuyo ímpetu se hundió para siempre en el olvido aquella literatura agudamente artificiosa y delirante que alcanzó su grado máximo en España. En la obra del Señor Febres Cordero no hay ni puede haber esa pluralidad de sentidos tan admirablemente armonizados por el maravilloso genio de Cervantes; pero existe la imitación de la crítica de éste, sin que por ello pueda afirmarse que el señor Febres Cordero tuvo en mientes profanar la incomparable gloria del manco de Lepanto, empeñándose ni remotamente en continuar su obra, máxima como humana, como simbólica y como filosófica entre las mayores que ha creado el genio de los hombres. La crítica, en el Quijote, está hecha por el caballero andante y por Sancho el escudero; en *Don Quijote en América* es el autor directamente quien la hace. Don Quijote se echó al mundo a deshacer agravios y enderezar entuertos, a hacer justicia por su mano y a romper contra todo lo malo y pernicioso; el Doctor Quix a lo que viene es a sembrar la sinrazón a propagar el espíritu del charlatanismo y a engañarnos con la fantasmagoría. Don Quijote puso todo su esfuerzo en acabar altas empresas, si ridículas en la apariencia intencional, sublimes en el designio generoso; el Doctor Quix es ridículo en todo lo que hace, y tanto en la manera de hacerlo como en la candidez del propósito que abriga. Don Quijote es el hombre de bien luchando por el bien; el Doctor Quix es un solemne tracalero, todo él supercherías y engañifas, que no tiene la gloria del combate para alcanzar el triunfo, sino la gloria del éxito en un pueblo asaz pagado del brillo pasajero de las modas. Don Quijote está inspirando profunda admiración en medio de la risa a carcajadas; el Doctor Quix no mueve siempre a prisa, y lo que es peor todavía, no infunde admiración sino desprecio. Por criticar el charlatanismo hueco y la novelería inconsciente, el señor Febres Cordero llega a criticar los beneficios del progreso; por defender lo indígena, rechaza el espíritu expansivo que todos los pueblos necesitan para no ser estacionarios y retrógrados. Quizás y sin quizás en el señor Febres Cordero, como hombre inteligente, no ha habido esa intención; pero la intención salta a la vista, de seguro que por la falta de madurez en el plan de la novela, por los recursos escogidos para desenvolverla y porque en la segunda mitad aparece escrita con precipitación. En una obra seria como *Don Quijote en América*, encaminada a un fin trascendental, es impropio el detenerse, y el detenerse tanto, en una cosa

tan insignificante y frívola como la bicicleta; y todavía es más impropio el criticar la novelería por ella de la manera empleada por el señor Febres Cordero, pues a ningún hombre de sentido común mínimo se le podría ocurrir que una bicicleta suba por la agria pendiente de los páramos. La impropiedad es peor aún en la crítica del ascensor que se usa en Norteamérica (y huelga decir por qué se usa), pues a nadie, ni vuelto o trastornado del juicio que estuviere, se le podría meter en la cabeza ponerle un ascensor a una casa de dos pisos como la de posada del pueblezuelo de Mapiche. La impropiedad sube de punto en las píldoras de la *fierabrasina*; en que se usen o no en castellano ciertos galicismos y anglicismos ya aceptados en el Diccionario de la Academia Española (y el señor Febres Cordero sabe mejor que yo por qué se han aceptado); en el vestido de torero que se pone el Doctor Quix, y en otras fruslerías que nadie toma en cuenta al tratarse de progreso y civilización del mundo. Campo más vasto y fertilísimo tenía el señor Febres Cordero para criticar lo vicioso y efectista del progreso. Que los americanos del Norte hagan *fierabrasinas* con el fin de explotar los del Sur, y parar mientes a eso con la crítica, no me parece objeto digno de la alta inteligencia del señor Febres Cordero, ni menos de la importancia de su libro. Más acertado anda cuando censura con verdadero chiste fino los excesos del modernismo literario, y cuando trata de levantar una compuerta al indebido uso, que es manía de los gacetilleros para darse la importancia que no tienen, de aquellos galicismos y anglicismos que en castellano encierran una equivalencia exacta, que no son de ningún modo asimilables por su pronunciación difícil, y de los cuales, por lo tanto, no hay necesidad en nuestra lengua. El señor Febres Cordero, para censurar lo exótico en lo que atañe a las costumbres, ha debido establecer el contraste de una manera más palmaria, pintando en el estado social de Ssanisidro la lucha entre las costumbres criollas y la invasión de las de fuera. Pero no lo estableció, ni tampoco podía establecerlo, porque ese contraste es imposible en Sanisidro. Una golondrina no hace verano. La casa de Don Manuel, un poco yanquizada en los muebles y en la ornamentación; el descontento y las pedanterías de Lola, y el desdén y los humos relamidos de Policarpo Zúñiga en punto a indumentaria y a otras cosas de poquísima sustancia, no son suficientes, y en Sanisidro mucho menos, donde el autor describe las costumbres vernáculas en toda su pureza,

para suponer que éstas se desintegran y se pierden a la posta por la influencia de las costumbres extranjeras. Un estado social con dos corrientes contrapuestas no se refleja de ese modo. La risa de burla que Policarpo Zúñiga, tipo no verosímil por completo, inspira a cada paso con sus necias petulancias, es la mejor prueba de que en *Don Quijote en América* hay más alarma aguda que positiva realidad. Lo profundamente indígena de un pueblo jamás llega a perderse sino por la absorción que otro hace de él con la conquista, con la fuerza, con la preponderancia de raza y de su idioma. La obra del señor Febres Cordero es más notable en su intención que en su desenvolvimiento, en la tesis del capítulo catorce que en su comprobación, en el idilio de Santiago y de María que en la parte quiijotesca. La imitación del estilo de Cervantes, que es visible, hace extraña la novela para la gente iliterata; y la narración, al principio sobre todo, abunda en premiosidad por el exceso de pormenores que no eran necesarios. La pintura de Sanisidro y sus costumbres resulta encantadora; la alegoría del pastor y de las cabras en el capítulo cuarto, es admirable; la figura de Vicario parece como de la mano maestra de Alarcón, que es mucho decir en su alabanza, y los amores de Santiago con María son bellísimos por su sencillez, por su ternura y por su exacta realidad; pero es de sentirse que su término, que ha podido resolverse de una manera más artística e interesante, se desvanezca fríamente en el tumulto de los acontecimientos públicos producidos por la llegada a Mapi-che del insigne Caballero de la Libertad y del Progreso.

Gonzálo Picón Febres

La literatura venezolana en el siglo XIX: ensayo de historia crítica

Empresa EL Cojo, Caracas 1906

SUETOS

Está en circulación la edición segunda de *Don Quijote en América*, novela escrita por el conocido literato andino Tulio Febres Cordero. La mejor prueba de la excelencia de este libro es que la primera edición se agotó antes de un año. Digno del favor del público es esta hermosa producción, que contiene edificantes enseñanzas y envuelve un fin altamente patriótico.

El Radical

Caracas, 1906

D. QUIJOTE EN AMERICA

◁ SEGUNDA EDICION ▷

VALOR : Cinco Bolívares cada ejemplar á la rústica

❖ ENPASTADO. A SIETE BOLIVARES ❖

DE VENTA EN ESTA CIUDAD

EN *el establecimiento de Victor M. Carnevali*

Tip. "El Lápiz"

LITERATURA NACIONAL

Un amigo nuestro ha tenido la cortesía de mostrarnos un ejemplar, en su segunda edición, de “Don Quijote en América”, obra del galano historiador, jurisconsulto y literato Venezolano, Doctor Tulio Febres Cordero.

Aun no hemos leído esa bella producción que viene a enriquecer la Bibliografía Nacional, pero nos basta saber que es de Tulio Febres Cordero, cuyo numen, –ora como redactor de El Lápiz, ya como autor de preciosos libros y opúsculos sobre etnografía, etnología, y otros trabajos de alto mérito artístico– le asigna puesto preferente en la galería de nuestros escritores contemporáneos.

Mérida, aquella Atenas Venezolana, es la cuna de Febres Cordero; allí es donde él se ha formado y nutrido su cerebro de los conocimientos más sólidos en las ciencias y las artes; allí fue donde se dedicó al estudio de la ardua pero brillante carrera del Derecho, presentando para optar al grado, una tesis generalmente aplaudida por propios y extraños.

Modesto en extremo, y pletórico de amor por las bellas letras, ha dado al público sus elucubraciones con el único móvil de ilustrar sin apelar a la ostentación, ni mucho menos mendigar lisonjas, que todo eso abiertamente le repugna.

Es de justicia afirmar que donde haya una Fuente de Saber, allí va Febres Cordero solícito y con su mícura al hombro, para él también beber el líquido de la erudición.

Puede decirse que de los escritores venezolanos ninguno como Febres Cordero habrá visto más reproducido su nombre en la prensa hispano americana por sus producciones, ni que tenga los diplomas de Miembro correspondiente que él tiene conferidos por Sociedades y Concursos Históricos, Científicos, Literarios y Artísticos de Europa y Norte-América.

La colección de “El Lápiz”, –acaso el periódico más pequeño que hemos conocido–, constituye para él su más rica presea. Esa hoja tan mínima, pues así y todo, por su contenido, se halla en muchas Bibliotecas de la Madre Patria; y para cualquier rapsoda puede ser libro de consulta.

Hoy ve la luz pública la segunda edición de “Don Quijote en América”, cuyo prólogo insertamos en seguida, abrigando nosotros la confianza de que

los hijos de este suelo que se dedican a la lectura amena e instructiva, se apresurarán a adquirir ese libro que se recomienda por sí solo dado el asunto que inspiró a su autor y la pureza del lenguaje con que está adornado.

L.E. Pino C.

Un Diario

Carúpano, 21 de Julio de 1906.

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

Ha llegado a nuestras manos un ejemplar de a obra nueva intitulada *Don Quijote en América, a sea la cuarta salida del ingenioso hidalgo de la Mancha*, por Tulio Febres Cordero; segunda edición, Mérida (Venezuela), 1906.

La primera edición, del año próximo pasado, fue acogida con particular interés por la prensa periódica.

En la *Advertencia* de la edición primera, el autor dice:

“Este Quijote, aunque el mismo de Cervantes en espíritu y en verdad, es muy otro en cuanto a la manera de manifestarse. No lo hallarás aquí armado de pies a cabeza, caballero en Rocinante, buscando aventuras por los caminos y haciendo jurarlos vencidos la sin par hermosura de su Dulcinea. Nada de eso; ahora va por otros caminos y con otros pensamientos.

Hemos escrito lisa y llanamente, teniendo a la vista moral y materialmente el mundo en que vivimos, la hermosa tierra latino-americana, de suerte que no hemos sacado de canteras extrañas el material de la obra, ni adornado nuestro pobre estilo con flores exóticas.

En resumen, lector, aquí hallarás lo sobrenatural y fantástico en un caso raro de hipnotismo, que en otros tiempos habría sido calificado de encantamiento; y lo real y tangible, en cuadros de costumbres descritos al

natural, pero realismo, honesto, muy diferente de ese otro realismo, que por desdicha campea en los cuentos y novelas de la época, que más sirve para despertar a enardecer las pasiones, que para reprimirlas a moderarlas.

Para la explicación de ciertos sucesos, conviene advertir que esta novela corresponde a la última década del siglo XIX, en cuyo tiempo trazamos su plan y la empezamos a escribir, pero causas que no interesa exponer nos obligaron a suspenderla, hasta ahora, en que la damos al público con motivo del tercer centenario de la publicación del inmortal *Quijote*.

Una cosa puedes decir, lector sensato, en acabando de leer el libro, y es ésta: “El argumento nos parece bueno, pero es lástima que no haya sido tratado por pluma más galana e ingeniosa.” En lo cual dirás la verdad; y en este conocimiento, sólo nos resta suplicarte que hidalgamente perdones los defectos de la obra, en gracia de la sana y patriótica intención con que ha sido escrita.

En la Aclaración que precede a la edición segunda, el Sr. Febres Cordero dice:

“Entre los reparos críticos hechos a *Don Quijote en América*, hay uno muy fuera de razón y hasta risible, cual es la infundada suposición de que el autor, ahumo de pajas y sin ton ni son, haya querido poner en escena a Don Quijote y Sancho, pretendiendo audazmente continuar la obra de Cervantes, como en otros tiempos lo intentara, con mejores títulos, el famosos Avellaneda.

Es claro que si esto fuese cierto, muy justa sería la crítica, y tanto, que no solamente los entendidos en la materia, sino cualquier hijo de vecino tendrá derechos de subirse al campanario del templo de las letras, para tocar a rebato, amotinar la literaria grey, de aquende y allende los mares, y lanzarla contra el sacrilego profanados del gran libro cervantino.

Pero no hay tal, queridos lectores: ni remotamente ha tenido el autor tan insensata pretensión, y es muy otro el pensamiento que campea en todas las páginas del libro.

La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo no es no es sino una simple acequia de regadío, derivada de aquel amplísimo cauce, con el sano

propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica.

No se requiere mucho vuelo intelectual para comprender que no sólo gran audacia, sino ridiculez extrema sería emprender la continuación del Quijote: primero, porque el Quijote es obra del genio, obra acabada e intangible, y, por consiguiente, incontinuable; y lo segundo, porque aun cuando admitiese añadidura, trabajo sería de otro genio, que no ha nacido ni se espera que nazca pronto, pues ingenios como el de Cervantes, valiéndonos de la expresión de Solís, son de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

Lo que sí puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determinados; puesto que siendo Cervantes uno como gran pontífice y legislador del arte crítico, no puede haber atropello ni desacato alguno en aplicar a casos concretos su ley y su doctrina, donosamente personificados en Don Quijote y Sancho.

Don Quijote en América no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo *criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*; mal que se cubre bajo la capa de un progreso superficial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida ¿en cambio de qué? En cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos.

Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes aparien-

cias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.

A este punto principal, de interés hispano-americano, se dirigen todos los hilos en la trama de esta novela: y si el examen crítico debe ir siempre al grano, al fondo de las cosas, a este punto principal deben dirigirse sus juicios, antes que andarse por las ramas, dando motivo para creer, en este caso, que no obedece la pluma a las reglas del arte, sino al refrán que dice: quien se quema, sopla.

Harto satisfechos estamos, sin embargo, de éxito alcanzado por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quisiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimientos, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a desquite de la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas a nuestro carácter”.

Termina el Autor expresando su agradecimiento al Presidente de Venezuela por la benévola acogida que dispensó a su obra.

Don Quijote en América nos ha parecido un libro interesante por su intención moral, por la originalidad de la idea de presentar redivivo a Don Quijote en América, y por la fluidez y galanura del estilo.

En otro número ofreceremos a nuestros lectores, como muestra de esta obra, un capítulo que, destacado, forma un cuadro completo.

D. Miguel A. Caro

La Unidad

Bogotá, 1906

ACLARACIÓN

Con este mote acaba de publicar el Dr. Tulio Febres Cordero un lindo folletico, nítidamente impreso, que contiene el prólogo de la segunda edición de su última ingeniosa producción, “*Don Quijote en América*”. No hace el autor la defensa de su obra, explica el pensamiento que la formó, su objeto y fin, para rechazar cargos que tienen mucho de infundados por atribuirle pretensiones que ni siquiera ha imaginado.

Agradecemos al galano escritor patrio al obsequio del bello folletico.

La Palanca

Mérida, 1906

ACLARACIÓN

Impreso en la Tipografía de El Lápiz de Mérida, hemos recibido un folletito, con el título de este suelto, el cual contiene el *Prólogo de la 2ª Edición* de Don Quijote en América, la magnífica obra del Doctor Tulio Febres Cordero. Honramos nuestras columnas con la reproducción de la Aclaración del notable escritor venezolano, para que los que no han visto claro abran los ojos y vean. A los que no quieren ver, porque se quema, *que soplen*.

Deseamos que se agoten muchas ediciones de D. Quijote en América.

Hojas, diario de la tarde

San Cristóbal, 18 de abril de 1906

TULIO FEBRES CORDERO

ACLARACION

Prólogo de la 2.ª Edición
DE
D. QUIJOTE EN AMÉRICA



MÉRIDA—VENEZUELA
Tip. de "El Lápiz."
1906

ACLARACIÓN

(Prólogo de la 2ª edición)

Entre los reparos críticos hechos a *D. Quijote en América*, hay uno muy fuera de razón y hasta risible, cual es la infundada suposición de que el autor, a humo de pajas y sin ton ni son, haya querido poner en escena a D. Quijote y Sancho, pretendiendo audazmente continuar la obra de Cervantes, como en otros tiempos lo intentara, con mejores títulos, el famoso Avellaneda.

Es claro que si esto fuere cierto, muy justa sería la crítica, y, tanto, que no solamente los entendidos en la materia, sino cualquier hijo de vecino tendría derecho de subirse al campanario del templo de las letras, para tocar a rebato, amotinar la literaria grey de aquende y allende los mares, y lanzarla contra el sacrílego profanador del gran libro cervantino.

Pero no hay tal, queridos lectores: ni remotamente ha tenido el autor tan insensata pretensión, y es muy otro el pensamiento que campea en todas las páginas del libro.

La obra inmortal de Cervantes es como un río grande y majestuoso, que corre desde hace siglos, deleitando al mundo entero con la pureza y saludable virtud de sus aguas; y este Quijotillo criollo, no es sino una simple acequia de regadío, derivada de aquel amplísimo cauce, con el sano propósito de llevar esas mismas aguas a un nuevo campo, necesitado del provechoso riego de la crítica.

No se requiere mucho vuelo intelectual para comprender que no sólo gran audacia, sino ridiculez extrema sería emprender la continuación del Quijote: lo primero, porque el Quijote es obra del genio, obra acabada e intangible, y, de consiguiente, incontinuable; y lo segundo, porque aun cuando admitiese añadidura, trabajo sería de otro genio, que no ha nacido ni se espera que nazca pronto, pues ingenios como el de Cervantes, valiéndonos de la expresión de Solís, son de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia.

Lo que sí puede emprender cualquier escritor bien intencionado, por criollo y humilde que sea, sin nota de audacia ni ridiculez, es el trabajo, no tanto literario, sino moral y patriótico, de aplicar la crítica cervantina como correctivo de vicios y preocupaciones reinantes en lugar y época determina-

dos; puesto que siendo Cervantes uno como gran pontífice y legislador del arte crítico, no puede haber atropello ni desacato alguno en aplicar a casos concretos su ley y su doctrina, donosamente personificados en D. Quijote y Sancho.

D. Quijote en América no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición, más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo criollo y la servil imitación de lo extranjero; mal que se encubre bajo la capa de un progreso superficial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, costumbres, industrias y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida ¿en cambio de qué? en cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos.

Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.

A este punto principal, de interés hispano-americano, se dirigen todos los hilos en la trama de esta novela: y si el examen crítico debe ir siempre al grano, al fondo de las cosas, a este punto principal deben dirigirse sus juicios, antes que andarse por las ramas, dando motivo para creer, en este caso, que no obedece la pluma a las reglas del arte, sino al refrán que dice: quien se quema, sopla.

Harto satisfechos estamos, sin embargo, del éxito alcanzado, por la buena acogida del libro entre los doctos y el público en general; y bien quiéramos, en señal de nuestro aprecio y agradecimiento, publicar aquí los juicios honrosísimos que sobre él se han hecho dentro y fuera del país, así por la prensa como en cartas particulares, pero siendo muchos y autorizados los más por personas muy competentes en ciencias y letras, nos detiene el temor de que no se atribuyese a tal su publicación, sino a desquite de

la tacha que hemos rebatido, o a vanidoso alarde de los aplausos prodigados a la obra, cosas muy ajenas de nuestro carácter.

Debemos, sí, reiterar la expresión de nuestra gratitud al Exmo. Señor General Cipriano Castro, Presidente de la República, por la honorífica y generosa protección que espontáneamente dio a la obra tan luego llegó a sus manos, lo que contribuyó en mucha parte a que pronto se agotase la primera edición, y nos viésemos en la necesidad de emprender la segunda, que ahora ve la luz, corregida de los yerros advertidos, en la esperanza de que el lector vea con ojos de piedad los que todavía le quedan, que no son, de seguro, los de menor cuantía.

El autor

Abril de 1906

LIBROS Y REVISTAS

CARTA CRÍTICA sobre *D. Quijote en América* escrita por Pedro Fortoul Hurtado y contestación del autor. Mérida, Venezuela. Tip. de El Lápiz, 1907. Folleto de veinte páginas^(*) en que nuestro ilustrado amigo el galano escritor Tulio Febres Cordero refuta con la exquisita cultura y gracia que le son propias el juicio que su celebrada obra ha merecido al señor Fortoul Hurtado; juicio tan acre y rudo, que raya en lo injusto y ligero. Lunares y defectos tendrá la obra de Febres Cordero, cosa que él no niega; mas no tan resaltantes y numerosos para decir que “nació más enferma que aquellos pueblos, postrada, enclavada en la irremediable parálisis de un propósito imposible; desafiando temerariamente los fallos consagrados, las conclusiones más inmovibles de la crítica universal, atrayendo sobre sí no ya la

(*) No se consiguió un ejemplar del folleto. Estas cartas cruzadas sirvieron de prólogo a la tercera edición, en 1930.

discusión que ilustra ni el anatema que en cierto modo magnífica, sino las sombras más tristes del olvido tan gravemente enferma nació esa obra, que la crítica no puede hacer otra cosa para con ella que dejarla morir en el sentido.”.... El público, con todo, que es el mejor crítico, el juez más recto casi siempre y el que sabe distribuir con conciencia las coronas del triunfo, ha agotado en poco tiempo dos ediciones de Don Quijote en América, y creemos que pronto se le ofrecerá la tercera. Rafael Pombo, José Manuel Marroquin, José Gil Fortoul, Soledad Acosta de Samper, Juan de Dios Méndez M., Daniel J. Reyes y Miguel de Unamuno deben entender algo de crítica para no elogiar a trochemoche un libro que sólo merece morir en el silencio. Mientras el público agote ediciones, puede Febres Cordero estar seguro de que su libro agrada porque es bueno. Ya se sabe que la crítica, no consiste en señalar defectos, que tal vez sólo para el censor lo son, sino en descubrir las bellezas de la obra artística.

Pedro Montesinos

Sin referencia hemerográfica

JUICIO SOBRE EL “QUIJOTE EN AMÉRICA”

DR. TULIO FEBRES CORDERO – Su nombre es respetado en todos los países donde se pronuncien idiomas diversos, y sobre todo, en aquellos donde la lengua Cervantina tenga su culto. Es capaz como el arcaico y clásico Montalvo de escribir capítulos de esos que se le olvidarán al manco insigne, y de retar al mismo Avellaneda para que se ponga en paralelo con los príncipes de la palabra, de esos que hablan bien, escriben mejor y se entienden.

Ese ilustre escritor de Mérida, Venezuela, nos ha obsequiado con un folletito, que en síntesis, es un cauterio que arde muchísimo, porque es una verdad que hace notoria a todos los aristarcos que no quieren comprender

ni comprenden, (*porque sí*), su obra “Don Quijote en América”, y eso no es más que aquello que dijo alguien: *el envidiado está arriba, el envidioso abajo*.

Nosotros agradecemos sinceramente a nuestro ilustrado Dr. y amigo, su fineza y deseamos continúe enseñando y civilizando a los que no quieran ser europas ni yanquis.

El Cronista

Mérida, 1907

DE D. QUIJOTE EN AMÉRICA

A mis manos vino un ejemplar de las cartas cruzadas entre los señores D. Pedro Fortoul Hurtado y D. Tulio Febres Cordero. Ellas fueron originadas por el libro “Don Quijote en América,” y la del primero es carta crítica, correspondida magistralmente por el autor, señor Febres Cordero.

En verdad el libro en cuestión no ha muerto, ni ha quedado olvidado, ni la crítica guardó sus fallos consagrados para mejor ocasión, como dice el señor Fortoul; ella habló y apuntó defectos y prodigó aplausos, merecidos éstos, ciertos aquéllos. De otra manera no me podría explicar cómo una obra que nació en un ataúd, arreglado con mortaja y todo para ser llevada a la fosa fría de la indiferencia y por añadidura señalada por el señor Fortoul como sacrílega, haya podido lucir tres trajes o por hablar más claro tres ediciones. Y, cuenta que la muerta anda y es regocijo de muchos y congoja de otros. De mí, sé decir que con sus páginas me he recreado grandemente y que mi reducido criterio me ha dejado comprender la sabia y moralizadora crítica que encierra la imitación noble del Inimitable de Cervantes.

Para comentar la carta de señor Fortoul Hurtado, necesariamente tendría que pedirle a D. Tulio Febres Cordero algunos de los argumentos y razones que le sobraron y que por modestia a por considerar completa,

como en realidad lo es, su defensa, no quiso anotar en su carta de 8 de Mayo del presente año, contestación a la que de Barbada le dirige el señor Fortoul.

De acuerdo estoy con Juan de Dios Méndez hijo, al manifestar que no sospechaba estuviese tan cerca un Cide Hamete Benengeli para los caballeros pensantes de nuestra época, refiriéndose a “Don Quijote en América”. En realidad este libro era necesario para nosotros y el mismo señor Fortoul Hurtado lo dice en la carta de que hablo: “En él hay una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito y muy digna de ocupar honroso puesto en la bibliografía hispanoamericana; hay más, hay una obra urgentemente necesaria, cuya sana y saludable tendencia es medicina importada no sólo en Venezuela, sino desde México hasta Buenos Aires por muchos pueblos enfermos, obra de verdadera trascendencia social, intelectual y moral, capaz de conferir gloriosos títulos a quien la realice, y vasta celebridad a un momento de la historia” Dice pero luego se lamenta y apunta que el solo título de “Don Quijote en América” hace caer las alas del corazón y que el subtítulo de: *La cuarta salida del ingenioso hidalgo de la mancha*, nos deja con la lengua muda y las manos amarradas para hacerle ninguna demostración de aplauso al que escribió la novela, “muy digna de ocupar honrosos puesto en la bibliografía hispano americana.”

Si Tulio Febres Cordero no ha pretendido arroparse con la gloria de Cervantes, sino más bien fuera beber en la fuente siempre pura del Quijote y luego trajo el agua bendita de las tendencias levantadas, y del real castellano recuerda en nuestras tierras el evangelio de nuestras costumbres, atacado y vilipendiado hoy por los grotescos escuadrones de Drs. Quix; si la obra es interesante y tiene “bellezas de excelente calidad que enriquecen su estilo”, si por ellas el Dr. Fortoul Hurtado admiró una vez más el ingenio del escritor andino, no veo en verdad el por qué de su diagnóstico fatal. La obra vivirá para gala de las letras suramericanas, para honor del autor D. Tulio Febres Cordero, distinguido escritor venezolano, y para solaz del no menos distinguido e ilustre D. Pedro Fortoul Hurtado, que no dudo reconocerá el error de haberse anticipado a doblar por “Don Quijote en América”.

Manuel Rodríguez Chiari

Cúcuta



D. QUIJOTE EN AMÉRICA

D. Quijote en América, c'est le titre d'un ouvrage d'un brillant écrivain vénézuélien, *M. Tulio Febres Cordero*, que, dans un de mes récents articles-critiques sur la littérature vénézuélienne, j'ai baptisé le "Wagner littéraire des Andes", à cause d'une série de légendes quelque peu nibélunгиennes qu'il a, dans ces contrées fabuleuses de la nature sud-américaine, écrites d'après de traditions qui se perdent dans la préhistoire du Nouveau-Monde

"Don Quichotte en Amérique" (le docteur Quix abrégé de Quixote, dans cet ouvrage) y est, vous le voyez, la transplantation du héros éternel de Cervantès. Entreprise ardue et hardie, entre toutes! D. Quichotte, après trois siècles de sommeil ou d'enchantement glorieux dans ce cimetière de Montiel ou la sage prévoyance de Cervantès voulut l'enfouir à jamais, en sort, reparaît voulut l'enfouir à jamais, en sort, reparaît à l'évocation de M. Febres Cordero. Cette apparition ou aventure posthume, l'auteur l'intitule *quatrième sortie de l'ingénieur Hidalgo de la Manche*. Aussi, pour excuser et pour expliquer l'audace de l'auteur, il convient de dire que celui-ci n'entreprit cette redoutable entreprise qu'après s'être, au préalable, rudement et vaillamment armé de toutes armes... cervantines. Et il v réussit, admirablement, il faut le dire, plus que n'eusse jé en croire mes yeux. Mais, jusqu'à quel point? Juste durant les premiers huit, chapitres, tant que D. Quichotte (qu'il n'a pas eu encore la malencontreuse idée de déguiser en docteur Quix, ni de l'embarquer pour l'Amérique, hélas!) continue, à côté de son excellent Sancho Panza, également ressuscité, sur le sol espagnol, dans Castilla la Vieja. L'auteur fait parler ces deux héros auxquels y arrivent des menues mésaventures, et tout, voire le style cervantin avec lequel ce tout est dit et raconté, vous donne l'illusion complète de leur existence, en présence et en paroles. Mais l'illusion est vite partie dès que D. Quijote (D^r Quix) et Sancho Panza (M. de Armagasille! s'embarquent... pour où? Pour le Venezuela ! Et dans quel but? Le Dr. Quix, de Manchester, auquel trois siècles d'enchantement lui ont acquis toute la sagesse et toute la science humaine, s'y présente en chevalier du Progrès, car il ne s'y agit plus des veuves et des orphelins, mais de la Civilisation. L'héroïque chevalier de la

Trsite figure est devenu l' apôtre du Savoir. Son fidèle écuyer ou domestique, est devenu son ami le quart du temps, et son co-aventurier les autres trois cuartsd' un temps qu'ils auraient mieux employé à continuer à vagabonder, sous la plume de Febres Cordero, aux alentours de la cave enchantée de Montesinos, ou ailleurs en Espagne. Le docteur Quix est un grand inventeur, et très fort en chimie: certaines de ses pilules à l' appui, et qui causent l' admiration de son ex-Sancho, ci-devant M. d' Argamasille.

Leur traversée du Venezuela ne se passe sans quelques incidents qui ressemblent à des aventures. Cela en obésissance au proverbe qui dit (le proverbe est d'occasion, puisque nous occupons de Sancho): «la chèvre tire vers les hois». D. Quichotte-Quix, malgré ses trois cents ans de mort ou d' oubli se sent encore, au Vénézuéla, la proie de son ancienne hantise : les aventures. Des aventures scientifiques!

Malheureusement, celles qui lui y arrivent sont loin, bien loin de valoir la moindre de ses sublimes chevauchées à travers la terre aride et triste de la Castile d' il y a trois siècles, voire de la fantomatique sortie du vieux cimetière d' où le tira Febres Cordero. C' est que le Progrès, c' est que la Civilisation est la prose, et D. Quichotte est la Poésie: la poésie d' un idéal intangible et d' une chimère qui s' en va, au-dessus des aspirations de l'âme humaine, irrémédiablement, battant ses ailes d' or, ses ailes rapides. L' âme de Don Quichotte ne saurait plus revenir sur ce monde de progrès, elle s' y trouverait prisonnière ou exilée de son milieu. telle une plante exotique transplantée dans l' inclémence d' une terre boréale.

Don Quichotte est mort, depuis trois siècles. Il y a des résurrections littéraires impossibles. Telle est celle du sublime redresseur de torts.

Pietri-Daudet

Bruselas

JUICIO DE FERNÁNDEZ BREMÓN

Entre los juicios adversos a la obra, en cuanto a su título y plan sustancial, figura el del célebre literato español D. José Fernández Bremón, que lo publicó en la Ilustración Española y Americana, de Madrid, en la forma de carta abierta para el autor. El juicio que le dedica, no obstante ser contrario en cuanto no admite, como otras críticos, que pueda revivirse el héroe de Cervantes y menos aún con otro género de locura, contiene sin embargo mucho favorable en lo relativo a la parte literaria y estilo del libro. Ya para concluir dice:

“No fuera D. Quijote el Dr. Quix, que no lo es ni necesitaba serlo; no se llamara el libro “Don Quijote en América, sino “El Dr. Quix” y careciera de conexión corporal con el héroe de la Mancha, que espiritualmente no lo tiene, y sería, como dice muy bien el Sr. Fortoul Hurtado “una novela criolla de las mejores que en Venezuela se han escrito”. Y añadiré otra observación: con ser tan antitético a D. Quijote el tipo que ha creado usted, y tan fuera del espíritu de Cervantes el objeto de esa obra, hoy en la delicadeza de pluma y en no sé qué comunidad de sentimiento literario, páginas en el libro de usted, que no desmerecen del propósito temerario acometido. Es un error el libro, pero el error de un hombre de superior talento que escribe y diferente como tal”

DON QUIJOTE EN VILLASEÑOR

San Cristóbal, julio de 1931. En “El Nuevo Diario”, hemos leído un escrito con el nombre que sirve de epígrafe a estas notas, firmado por N. X., a propósito del libro “Don Alonso Quijano el Bueno”, de que es autor el señor licenciado Julián Motta Salas. En dicho escrito, además de ponderar el articulista la obra del licenciado, mienta también otros escritos que tanto en España como en América se han ocupado en glosar el libro de Cervantes.

Entre estos últimos cita, como es natural, a Don Juan Montalvo, por ser quien más se acerca al modelo inmortal, y porque amén de poseer una preparación extraordinaria, condensó en su estilo macizo de una rotundidad broncínea, parte de la epopeya de aquella vida singular que a través de los siglos conserva una perpetua actualidad y de la cual trasciende un secreto aroma vencedor del tiempo y del espacio. En hablando de Don Juan Montalvo, el articulista hace justicia al polígrafo ecuatoriano y reconoce la maestría insuperable con que el hijo de Ambato resucitó al prócer manchego. En lo que sí no acierta, y que motiva este comentario, es en la manera harto ligera con que habla de “Don Quijote en América”, el celebrado libro de Don Tulio Febres Cordero. Menos mal, si el autor de dicho artículo pormenoriza las causas en que se funda para menospreciar, así como así, un libro que es no sólo motivo de orgullo de la literatura nacional, sino también de las letras indoamericanas; pero el articulista se contenta con decir despectivamente que “Don Quijote en América” es un libro “mediocre en el fondo y desaliñado en la forma”. Parécenos que N.X., o no ha leído o ha leído mal el libro del señor Febres Cordero; que de haber leído no estamparía ese concepto precipitado que deja dudas sobre su probidad crítica. El estilo de Don Tulio Febres Cordero es sencillo, desprovisto de galas retóricas; pero de esto a decir que sea “mediocre y desaliñado”, hay no poca distancia.

Gonzalo Picón Febres, coterráneo del autor de “Don Quijote en América” y crítico de aguda percepción y nada amigo de prodigar elogios desmedidos, dice del libro del señor Febres Cordero lo siguiente, en su erudita obra “La Literatura Venezolana en el Siglo XIX”: “En 1905, apareció la patriótica obra de Tulio Febres Cordero, titulada “Don Quijote en América”, la cual se ha prestado a diferentes juicios, algunos de ellos caprichosos y vacíos. “Don Quijote en América” es un libro de bien, de virtud reintegradora, de patriotismo intencionalmente curativo, de propaganda contra el charlatanismo reinante en Venezuela, de oposición al entronizamiento de lo exótico, adulterador funesto de la integridad nacional en todos sus órdenes y manifestaciones, y de resistencia briosa contra ese espíritu de novelería inconsciente que permuta de buen grado el oro puro de la *tierra* por las baratijas del buhonero itinerante que echa sobre nosotros el audaz mercantilismo de los países codicioso que quieren explotarnos a sus anchas”.

Este juicio de Picón Febres que como crítico no temía decir la verdad, aunque suscitara resquemores, es suficiente para probar la sin razón de N.X., al emitir aquel concepto deprimente, si ya no estuvieran de por medio los méritos positivos de la obra y la intención ampliamente americanista de su eminente autor.

N.X., que tanto elogia el libro del licenciado Motta Salas, (no obstante cometer éste el grandísimo pecado de casar al noble Caballero de la Mancha), N.X., decimos, debiera tener más tino en sus juicios y no lanzar conceptos asaz arbitrarios con la suficiencia insufrible con que lo hace; actitud que no se compadece, por otra parte, con la ilustración e imparcialidad que demandan las altas funciones de la crítica.

Pedro Romero-Garrido

San Cristóbal, Julio, 1931

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

Como un especial obsequio a nuestros amables lectores, empezamos a publicar desde hoy, en forma de folletín y con presentación tipográfica adecuada para darle forma de libro, la importante y exquisita novela cuyo título sirve de epígrafe a esta nota, escrita por Don Tulio Febres Cordero, benemérito de las letras nacionales y españolas.

Juzgamos que nuestros favorecedores sabrán apreciar el empeño que ponemos siempre en comunicar el mayor interés a nuestra pobre hoja, pues una vez más lo dejamos comprobado con la aquiescencia que hemos obtenido del eminente escritor emeritense para la reproducción de su valioso libro.

El meritísimo libro del Doctor Febres Cordero, como su cuantiosa labor literaria que lo ha elevado con mucha justicia a la categoría de maestro entre los escritores de primer orden, ya nacionales como extranjeros, para nada necesita de nuestro desabrido comentario, ni mucho menos de presen-

tación; pero como suponemos que es poco conocido en este medio, nos permitimos recomendarlo especialmente a los lectores de la región pues en dicha obra encontrarán entretenimiento jugoso y honesto, modo de apreciar la diferencia tan grande que va de un libro bien escrito a la de tantos como figuran hoy llenos de pura hojarasca, y la ocasión muy buena de saber lo mal que cuadra la idea de extranjerizarnos, ya que la razón más resaltante de dicha novela es ridiculizar tan antipática inclinación.

Por otra parte, estamos obligados a manifestar mucha gratitud al doctor Febres Cordero por la fina amabilidad que nos dispensa al prestar su asentimiento para reproducir su fina obra de crítica, de la cual nos ha enviado un ejemplar, como lo verá el lector en la atenta y honrosa carta que a continuación insertamos:

Mérida: Diciembre 22 de 1933

Señor Ovidio Hurtado

Director de "Delta Amacuro"

Tucupita

Mi apreciado amigo:

He leído con particular agrado su carta de 17 de noviembre último; y al darle las gracias más expresivas por las frases muy amables que me dedica, me es grato manifestarle que no tengo ningún inconveniente en que usted publique, como lo desea, en su interesante semanario, en forma de folletín, mi novela Don Quijote en América, de la que le remito un ejemplar de la última edición.

Es la oportunidad de expresarle mi agradecimiento por el constante envío de "Delta Amacuro", a la vez que mis votos muy sinceros por el éxito de sus labores periodísticas, como premio de los meritorios esfuerzos de usted en ese campo cultural, y para beneficio de ese dilatado territorio.

Ya por la carga de los años, como por quebrantos habituales de sa-

lud, soy un inválido que no puede ofrecer nada efectivo, sino mera voluntad de servir.

De usted inútil servidor y afmo. amigo

Tulio Febres Cordero

Fue publicada por entregas en el periódico Delta Amacuro, a partir del 20 de enero de 1934, N° 721.

UN LIBRO

Esmerado trabajo tipográfico de los señores Parra León Hermanos, de Caracas.

Título curioso, sugestivo. Contenido de intención depuradora, noble. Autor Venezolano de reconocidas credenciales.

“Don Quijote en América o sea la Cuarta Salida del Ingenioso Hidalgo de la Mancha,” es la obra de cuya tercera edición hemos recibido un ejemplar enviado por su autor Don Tulio Febres Cordero.

La factura e ideología clásica de este trabajo tal vez no llegará a ser generalmente apreciado en nuestro ambiente frívolo y estragado. Tal sucede hoy con la obra cervantina, con Amadis de Gaula y con casi todas las obras maestras de la literatura antigua.

Cuadra a un hidalgo de la talla de don Tulio salir así a deshacer entuertos en nuestro Campo de Montiel.

La amenidad y sencillez, el estilo pulcro y castizo, así como la propiedad de las ideas y el sentido crítico del autor, hacen de “Don Quijote en América” un libro valioso.

Damos las gracias a don Tulio por su fino obsequio.

Ideas, Altagracia, Zulia, diciembre, 5 de 1931

COSTUMBRISMOS, NARRACIÓN, ÉPICA
Y ORATORIA ROMÁNTICA

El género de la «leyenda histórica» desarrollado por don Arístides ha tenido hasta nuestros días un último y meritorio representante en Tulio Febres Cordero, el maestro de Mérida (1860-1938), cuya obra, por su posición antimoderna y emocionalmente arcaica, cabe mejor en la Literatura del siglo pasado que en la de los modernistas y realistas contemporáneos. Lo que don Arístides hiciera para la Caracas colonial, Febres Cordero lo hace para su serrana Mérida. Fue el archivo viviente de la ciudad, su enamorado testigo, y de cierta manera, su poeta. Ha contado en llana y agradable prosa la historia, la época y las costumbres de Mérida y de gran parte de la región andina desde el período indígena hasta la segunda mitad del siglo XIX. La tradición, la monografía histórica, el cuento y la novelita ingenua que se puede poner en todas las manos le han servido para este propósito. Toda su obra —obra de un buen hidalgo provinciano— es la apología del viejo vivir rancio, de un tiempo que, contra la nerviosidad modernista, le parecía a don Tulio patriarcal y feliz. Su mejor tratado de criollismo es la novela *Don Quijote en América*, que contiene algunas frescas y deliciosas descripciones de viejas costumbres. Al morir don Tulio, en 1938, Venezuela toda, y especialmente la región andina, lo honraron mucho, más que como a un escritor, como a un viejo patriarca: como al intérprete de una época desaparecida, señorial y caballeresca. Era por el estilo de su obra y de su vida un como pequeño Walter Scott de Los Andes¹

Mariano Picón-Salas

Formación y Proceso de la Literatura Venezolana: historia y crítica literaria. Caracas. Editorial Acosta, 1940. p. 135

¹ Véanse los dos mejores estudios sobre Febres Cordero: el de José Domingo Tejera, «Tulio Febres Cordero» (Esbozo), Mérida, 1915, y el bello discurso panegírico de Roberto Picón Lares en el Ateneo de Caracas, 1938.

El torero y el
turista miran
al futuro

